

**LA CATEDRAL DE MÉXICO
EN 1668**

ISIDRO SARIÑANA

*La Catedral de México
en 1668*

Noticia breve de la solemne, deseada, última dedicación
del Templo Metropolitano de México

Edición de
FRANCISCO DE LA MAZA

SUPLEMENTO 2 DEL NÚM. 37 DE LOS
ANALES DEL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS
MÉXICO, 1968

Primera edición: 1668
Segunda edición: 1969

Derechos reservados conforme a la ley
© 1969, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Advertencia

Cumplióse el 22 de diciembre de 1967 el tercer centenario de la “dedicación” de la Catedral de México, es decir, de la suntuosa ceremonia por medio de la cual se dedica —no hay sinónimo exacto que evite la repetición— un templo a Cristo, a la Virgen o a un santo, con lo que adquiere su titularidad. La Catedral de México fue dedicada a la Asunción de María.

La ceremonia se hacía cuando las iglesias eran terminadas, de menos en su interior, por lo que también ese año es el del tercer centenario de la conclusión arquitectónica interna de la hoy Catedral Primada de México.

Para tan solemne acontecimiento se publicó un libro, en 1668, en el que se hace la historia de la Catedral y una pequeña pero interesante descripción de cómo estaba hace trescientos años. El libro es la Noticia Breve de la Solemne, Deseada, Última Dedicación del Templo Metropolitano de México . . . , cuyo título completo puede ver el lector en la ilustración facsimilar que publicamos de la portada.

El rarísimo impreso no ha vuelto a editarse nunca, por lo que el Instituto de Investigaciones Estéticas da a conocerlo como un homenaje al Templo Máximo de México, no sólo por la ya plausible razón del triple centenario, sino como un estímulo para la restauración y reparación del incendio que sufrió en enero del mismo año de 1967.

El autor de la Noticia breve fue el doctor Isidro Sariñana, entonces canónigo de la Catedral y después Obispo de Oaxaca, fecundo escritor y poeta del siglo XVII.

Nació Sariñana en la ciudad de México en 1630 y murió en su sede episcopal en 1696. Fue doctor y maestro universitario y escribió varios libros que el interesado puede consultar en la Biblioteca de Beristáin, aunque con escaso fruto, pues apenas si en las bibliotecas

mexicanas hay dos o tres de los doce impresos que dio a luz. Hay uno, de extraño título: Mitología Sacra, de 1652, que no existe ni en los Estados Unidos, que ya es mucho decir . . . Valle Arizpe asegura que “pone horror al pecho más valiente”, pero nos permitimos dudar de que lo haya conocido.

Su libro más interesante y cuantioso es el Llanto de Occidente . . . , de 1666, llamado así porque trata de las exequias hechas a Felipe IV en la Catedral. En él intentó una primera descripción de ella, pero, como es natural, es más completa la que ahora publicamos. Describe también el Real Palacio, el que se incendió en 1692, texto que sí ha tenido suerte, pues lo han reeditado tanto González Obregón como Valle Arizpe.

Fue Sariñana buen poeta, aunque de escasa producción. Escribió unas hermosas Décimas al desengaño de la vida, que merecieron entrar en la antología de los Poetas Novohispanos de don Alfonso Méndez Plancarte.

Las “aprobaciones” de la Noticia Breve son dos: la primera del jesuita Antonio Núñez de Miranda, escritor devoto, asceta riguroso, conocido más que todo por haber sido dos tiempos confesor de Sor Juana Inés de la Cruz. Decimos dos tiempos porque lo fue, primero, cuando era niña, en el Real Palacio y en su noviciado en San Jerónimo; segundo, cuando Sor Juana, al fin de su vida, sufrió su conocida pero no explicada “crisis” ascética. En el intermedio, Núñez huyó espantado de su desobediente discípula —o ella lo rechazó— porque seguía escribiendo versos amorosos y comedias.

Dice Núñez que Sariñana fue su alumno, de niño, de lo cual se siente orgulloso, y del libro afirma que “es obra perfecta, por la historia en la indispensable verdad del hecho y en la indecible elegancia de lo dicho . . .”

La segunda “aprobación” es del canónigo Ignacio de Hoyos Santillana, quien años después sería el magnífico donante del lienzo de Cristóbal de Villalpando La Mujer Apocalíptica, en la Sacristía de la Catedral. Dice que Sariñana era “el milagro de los ingenios, asombro de las noticias y portento de los estudios”, cosa que hubiera afirmado de cualquiera otro de sus compañeros capitulares. Añade esta frase: “El doctor Sariñana pinta con los pinceles de la elocuencia la Octava Maravilla de nuestro templo . . .” y avisa a los Reyes de España que “ya que no pueden gozar la gloria de verlo en su perfección concluido,

se gloríen y recreen en las noticias de verlo en esta relación, tan al vivo acabado”.

Hemos modernizado la ortografía y la puntuación, que en nada afectan y mucho aclaran el texto, y hemos puesto algunas notas pertinentes que pueden ser útiles.

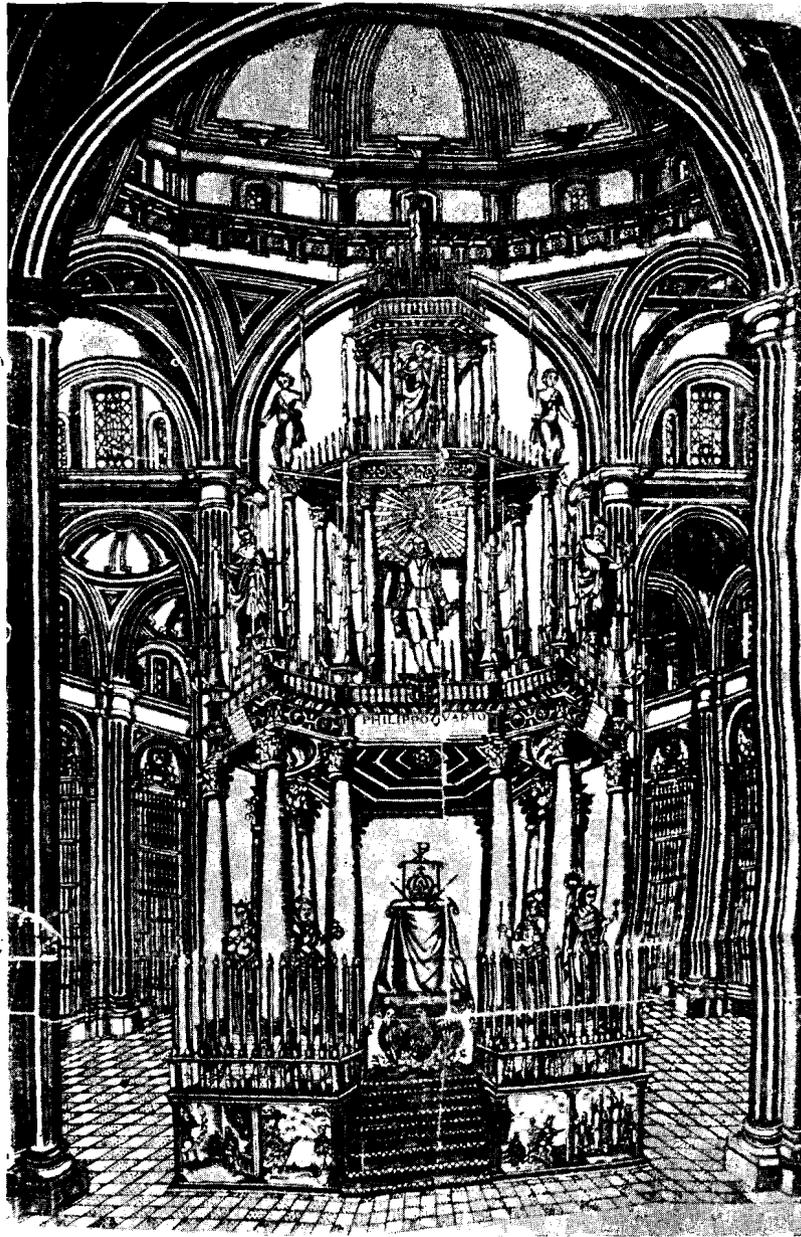
El lector puede seguir, con una seguridad absoluta, los pasos principales de la historia plástica de la Catedral de 1573 a 1668 y saborear una descripción, si bien breve y ligera, no exenta de conocimientos, por lo cual se dará cuenta de cómo estaba la Catedral hace trescientos años.

DE LA MAZA



1. Retrato del Doctor Isidro Sariñana. Pintura anónima del siglo xvii. Museo Nacional del Virreinato. Tepotzotlán, Méx.

NOTICIA BREVE DE LA
SOLEMNE,
DESEADA, VLTIMA
DEDICACION DEL TEMPLO
METROPOLITANO DE MEXICO,
Corte Imperial de la Nueva-España, edificado por
la religiosa magnificencia de los Reyes Catholicos
de España nuestros Señores.
CELEBRADA,
En 22. de Diziembre de 1667. Dia
natalicio de la Reyna nuestra señora Doña MARIA-ANA de
AUSTRIA, Gobernadora de la Monarquia, Madre, y
Tutora del Rey nuestro señor
D. CARLOS SEGUNDO, que Dios guarde.
EN EL FELIZ GOUIERNO DEL EX^{mo}
Señor D. ANTONIO SEBASTIAN de
TOLEDO, MARQUES de MANZERA, Virrey de la
Nueva-España.
Y SERMON QUE PREDICÓ
El Doctor YSIDRO SARIÑANA, Cura
propietario de la Parroquial de la Vera-Cruz de Mexico Cathedra-
tico de substitucion de Prima de Theologia en su Real Unive rsidad
*Con LICENCIA, en Mexico, Por Francisco Rodriguez Lupercus
Mercader de libros en la puente de Palaeio. Año 1667.*



3. Interior de la catedral en 1666, con la pira funeraria de Felipe IV.
Grabado de la época.



4. La catedral en el siglo xvii, la torre es invento del pintor. Pintura anónima en un biombo. Museo Nacional de Historia.

Compendio Histórico de la Edificación del Templo Metropolitano de México. Breve Descripción de su Fábrica, y Sucinta Relación de su Adorno

NOBLE asunto de las voces gloriosas de la fama ha sido y será en toda la posteridad, la invencible fortaleza y siempre plausible valentía, de que dotó Dios el magnánimo pecho del catolicísimo y augustísimo Rey Nuestro Señor Don Carlos, primero en nuestra España, quinto en el Imperio y sin segundo en el Orbe. Grande es la gloria, que le alcanzó su fortaleza en lo repetido o nunca pausado de sus campañas, siendo todas sus batallas, victorias; pero inferior siempre, a la que le mereció el piadoso fin de su mayor hazaña, que fue la conquista de otro mundo. Único motivo de su cristiana magnanimidad en esta empresa (cuyo arduo intento, aun sin la ejecución fuera glorioso), fue la destrucción de la idolatría, el aumento de la fe y la propagación de la Iglesia. ¹ Fin nobilísimo que constituye digna de angélicos elogios la valentía de los príncipes. Toda la nobleza de un ángel aplaudió a Gedcón, por el más esforzado de los hombres. Dióle este renombre por las victorias futuras que con divina especial asistencia había de conseguir de Madián. No miró el ángel, para tan glorioso apellido desnudamente sus victorias, ni atendió tanto a los esfuerzos del valor, cuanto a los afectos de la piedad, con que había de hacer guerra a la idolatría destruyendo las aras de Baal. Y así desde que las demolió su celo adquirió el nombre de Jerobaal, cuya exposición es: *El fuerte contra Baal*, significando Baal lo mismo que ídolo, vino a ser su renombre: *El fuerte contra los Ídolos*. Por eso consiguió de la boca de un ángel el apellido del más esforzado entre los hombres, porque destinó Dios su fortaleza, para ruina de las aras en que tiranizaba reverencias y usurpaba cultos el demonio. Bien podemos los españoles,

¹ Es muy posible que así lo creyeran sinceramente los españoles y americanos del siglo xvii. A nosotros no nos queda otra actitud que creer también en ellos, piadosamente.

sin temor de calumnias extrañas, llamar al primer Carlos de España el más valiente de los hombres, pues hallamos en las historias divinas vinculado este elogio a la valentía, que felizmente se logra en propagar la gloria del nombre de Dios, destruyendo las aras de Baal y reconocemos en las historias humanas que, a la influencia de su católica Majestad, se demolieron tantas en este nuevo mundo cuantas apenas caben en la casi inmensa capacidad de los números. Sea testigo, y de mayor excepción, el Venerable e Ilustrísimo señor Don fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México, a cuyas heroicas virtudes son debidos panegíricos todos los anales de las Indias, que escribiendo al capítulo general de su sagrada Orden de la Regular observancia, junto en Tolosa de Francia, le dice así en carta de doce de junio, de mil y quinientos y treinta y uno:

Sabed, que estamos muy ocupados, con grandes y muchos trabajos en la conversión de los indios, de los cuales, por la gracia de Dios, por manos de nuestros religiosos de la orden de nuestro seráfico padre San Francisco de la regular observancia se han bautizado más de un millón de personas; quinientos templos de ídolos derribados por tierra, y más de veinte mil ídolos que adoraban, hechos polvos, y quemados. En muchos lugares se han edificado iglesias y oratorios, y en muchas partes levantadas en alto, y adoradas, de los indios, las armas poderosas de la cruz.

Esto era por mano de todos aquellos primitivos varones apostólicos hijos de la sagrada religión de San Francisco y en el espacio breve de siete años, pues los doce primeros entraron en México el de 1524, ¿cuántos templos, cuántas aras, cuántos ídolos disipó después en tan dilatadas religiones la piedad cristiana? ¡Oh augusto Carlos, verdaderamente fuerte contra Baal! Las últimas palabras de este ilustrísimo Prelado, donde testifica la erección de nuevos sagrados templos, hace otra vez reclamo a la historia de Gedeón, a quien no sólo intimó Dios destruyese las profanas aras en que ofrecía sacrílegos cultos la ceguedad gentilica, sino que destruidas aquéllas, las edificase a su nombre. Donde notó el Abulense, que esto fue, porque no sólo eligió Dios a Gedeón para destruir la idolatría, sino también para introducir su culto. Disipar las aras de Baal fue quitar al demonio la posesión de divinas adoraciones, que usurpaba soberbio. Edificar nuevo altar, fue como restituir, y poner a Dios en la debida posesión de sus cultos. No se contentó pues el fervor de nuestros españoles, en quie-

nes resplandecía vivamente el celo de su Monarca, con destruir los templos de la gentilidad, sino con edificar en diversos lugares muchos y muy suntuosos a la Majestad soberana de Cristo Nuestro Señor, constituyéndole así en la debida profesión de adorado.

Siendo esta populosa Ciudad de México, como Corte Imperial del Nuevo Mundo, centro de donde se habían de tirar a toda la circunferencia de tan dilatado Imperio, las líneas de la policía española y Religión Cristiana, trató su famosísimo Conquistador Don Fernando Cortés, cuyo nombre dignamente vincularon a la inmortalidad de la memoria sus hechos, de poner en perfección esta República. Distribuyó entre los Conquistadores sus solares, señaló lugares para las iglesias, y dio principio a la Mayor antigua en el mismo, donde tenía el Gentilísimo su principal y más suntuoso templo, cuyo sitio siempre fue de más altura y solidez que el resto de la ciudad, formando, aun antes de su primera fundación, dentro de la laguna, una pequeña isleta, donde aquellos primeros exploradores, que destinaron los mexicanos, buscando lugar oportuno para su primera colonia, hallaron el tunal, que desde entonces quedó por Armas de esta Ciudad. Empezó pues Don Fernando Cortés la fábrica de la Iglesia antigua, disponiendo que se levantasen sus columnas sobre unos ídolos grandes de piedra que, sirviéndoles de basas² fueron hollados de la siempre firme incontrastable columna de nuestra sagrada Religión Cristiana. A Geleón mandó Dios que destruyese el Luco o bosque, que según los ritos gentílicos había plantado en honor de Baal la superstición, en cuyas oscuras, ciegas sombras obscenamente vagaban a los deleites, después de lo festivo de sus Orgías.³ Mas aunque le intimó Dios que talase el bosque, también le dijo que de los mismos árboles, que cortase, hiciese la hacina u hoguera, en que le había de ofrecer holocausto. Dispúsole así la Providencia Divina, como notó discretamente Dionisio Cartusiano, para que convirtiéndose en obsequio de Dios, lo que antes estaba disputado a la idolatría, cediese el holocausto en mayor confusión de los idólatras. Así el invencible Cortés, no sin diivina inspiración, levantó sobre los mismos ídolos las columnas del Templo Cristiano, para que en confusión de la idolatría, sirviesen de

² Ha sido muy discutida esta afirmación de que Cortés erigiera la primera iglesia de México. El que la primitiva Catedral se haya erigido con las piedras y aun los dioses del Gran Teocalli es tan exacto que allí están los restos de columnas labradas de cabeza de serpientes en el actual atrio.

³ Sabida es la exageración de los cronistas de rebajar los méritos indígenas para realzar los propios, como en esta comparación.

basas, como insensibles piedras, los que antes sobre eminentes aras eran adorados como vivientes deidades. Continuó la fábrica de esta primera Iglesia a grande prisa Don Sebastián Ramírez de Fuenleal, Obispo de Santo Domingo, que siendo Presidente de esta Audiencia gobernó este Reino, desde el año de mil y quinientos y treinta, hasta el de treinta y cinco. Insistiendo siempre en su prosecución la solicitud religiosa y pastoral vigilancia de Don fray Juan de Zumárraga, se consiguió su última perfección en el famoso gobierno de Don Antonio de Mendoza, hermano del Marqués de Mondéjar, del hábito de Santiago, Comendador de Socuéllanos, primer Gobernador con título de Virrey en las Indias, a cuya madura prudencia y vigilantísimo cuidado debió este Reino su consumación en lo político.

Aunque esta primera Iglesia en su arquitectura tenía la perfección que bastaba para las decencias del templo, y capacidad suficiente para todas las funciones de Catedral,⁴ con todo, no pareció a nuestros Católicos Reyes, que era lo que pedía a su magnificencia la piedad, y la que demandaba a su Religión la opulencia de este Nuevo Mundo, reservado por la divina Providencia a su Corona. Y así el año de quinientos y cincuenta y dos, gobernando, por el señor Emperador, el Príncipe Prudente Don Felipe Segundo, despachó Cédula a la Real Audiencia y Virrey de esta Nueva España, que lo era entonces Don Luis de Velasco, el primero Caballero del hábito de Santiago, para que se tratase de edificar nuevo templo con la suntuosidad que convenía a la grandeza de este Reino y a la cristiana generosidad de sus Reyes. El deseo de los aumentos del culto, nacido del fervor religioso de su católico pecho, embarazó en esta ocasión a su Alteza, aun la advertencia de los imposibles, pues lo era entonces la ejecución de sus intentos, porque como acreedores de su piedad embargaban en aquel tiempo casi todo su patrimonio de las Indias, otras muchas magníficas obras, que a expensas suyas, o se trataban de empezar, o ya empezadas se continuaban en esta Imperial Corte: como la Real Universidad, que por Cédula del señor Emperador, tuvo el principio de su fundación el año de quinientos y cincuenta y tres, día de la Conversión de San Pablo, obra que no admitía dilación, siendo indispensablemente necesaria para la crianza y educación de sujetos, que

⁴ Cervantes de Salazar deturpa esta "Catedral Vieja" en sus famosos *Diálogos*. Para conocer esta primera Catedral, véase *México en 1554 y el Túngulo Imperial*, del citado Cervantes de Salazar, en la edición de Porrúa, colección "Sepan cuantos..." No. 25. con estudio y notas de Edmundo O'Gorman y *La Catedral Vieja de México*, por Manuel Toussaint, en su libro *Paseos Coloniales*.

como maestros había de labrar después nuevos aumentos al más importante edificio espiritual de esta nueva Iglesia. El Convento, e iglesia real de San Agustín de esta ciudad, que se principió con la solemne colocación de su primera piedra, en veinte y ocho de agosto, de quinientos y cuarenta y uno, para cuyo hermosísimo edificio dio el señor Emperador ciento y sesenta y dos mil y cuatrocientos pesos; y otras muchas obras, y evitando la prolijidad perdonó, aunque con renuencia, por lo que ceden en honor y gloria de nuestros Reyes Católicos de España.

Por estas razones se dilató el principio de la nueva fábrica, hasta el año de quinientos y setenta y tres, en que gobernando Don Martín Enríquez, del hábito de Santiago, y siendo Arzobispo electo, tercero de esta Iglesia, Don Pedro Moya de Contreras, que fue el primer Inquisidor de este Reino, y murió en los de Castilla, Presidente del Consejo de Indias y segundo Patriarca de ellas, se puso la primera piedra en el sitio más eminente y oportuno de esta ciudad, inmediato a la Iglesia antigua, con ánimo de que demolida después ésta, quedase el lugar, que ocupaba por atrio o cementerio en la parte anterior del nuevo templo.

En el espacio de cuarenta y dos años, desde el de quinientos y setenta y tres, hasta el de seiscientos y quince, se sacaron los cimientos, previniendo en su profundidad, latitud y solidez, la permanencia del edificio, contra la natural flaqueza y debilidad del suelo. Levantáronse los muros de toda la circunferencia del templo a más de la mitad de su altura; las paredes transversas de las capillas y las columnas, algunas hasta los capiteles y otras hasta los últimos tercios y se cubrieron de bóvedas de lacería a todo resto de primor los vestíbulos o entradas que corresponden a las puertas colaterales de la Capilla Mayor, que llaman de los Reyes;⁵ la Sala capitular y las cuatro primeras capillas, dos por cada banda. Debióse tan adelantado progreso en la fábrica a la celosa vigilancia de los Excelentísimos señores Virreyes que en este tiempo gobernaron, que fueron Don Martín Enríquez, que gobernó hasta el año de quinientos y ochenta (siete después de principiada la obra). Don Lorenzo Suárez de Mendoza, Conde de Coruña, del hábito de Santiago, que gobernó hasta el de

⁵ Se llamó así a los ábsides de las catedrales americanas —que eran, en efecto, una gran capilla— por la Capilla Real de la Catedral de Sevilla, dedicada a sepulcro de San Fernando. Después se construyó en ellas el Altar de los Reyes, con estatuas de reyes santos, siendo el primero el de Puebla, de 1645.

ochenta y tres. Don Pedro Moya de Contreras, Arzobispo, que le sucedió, y fue Virrey hasta el de ochenta y seis. Don Alonso de Zúñiga Manrique, del hábito de Santiago, Marqués de Villa-Manrique, que lo fue hasta el de ochenta y nueve. Don Luis de Velasco el segundo, del hábito de Santiago, hijo del primero, y Regidor de esta nobilísima ciudad, hasta el de noventa y seis. Don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, Conde de Monte-Rey, del hábito de Santiago, hasta el de seiscientos y tres. Don Juan de Mendoza y Luna, del hábito de Santiago, Marqués de Montes-Claros, hasta el de seiscientos y siete. Don Luis de Velasco el segundo, Marqués de Salinas, segunda vez Virrey, hasta el de seiscientos y once, Don fray García Guerra, Arzobispo de México, de la Orden de Santo Domingo, hasta el de doce y Don Diego Fernández de Córdoba, del hábito de Santiago, Marqués de Guadalcázar, que en los principios de su gobierno remitió a la Majestad del Rey nuestro señor Don Felipe Tercero una Raleción del estado que tenía la obra, con la montea de su fábrica, hecha por Alonso Pérez de Castañeda, insigne maestro de su arquitectura. Su Majestad, reconocido el estado y vista la traza de la obra, de modo aplicó todas sus católicas atenciones a esta materia que, como si fuese única a los cuidados de su Real providencia, siendo por de Religión dignamente primera en los aprecio de su piedad, despachó cédula en veinte y uno de Mayo de mil seiscientos y quince, y con ella otra nueva montea, que había hecho Juan Gómez de Mora, su arquitecto, dando éste orden al Virrey Marqués de Guadalcázar: *Luego que la recibáis, procuréis juntar las personas más pláticas⁶ e inteligentes, que ahí hubiere en la arquitectura, para que habiéndose visto todo, se elija la mejor traza.* ¡Oh dignamente aplaudida cristiana magnanimidad de los Felipes de España, nunca contenta con lo que basta a lo preciso de la decencia, ambiciosa siempre de lo mejor en las perfecciones del culto! ¡Oh gloriosa emulación de las piedades religiosas de Abel, que eligiendo para Dios lo mejor, aseguró de gratos sus obsequios, mereciéndoles divinas complacencias, cuando en su sacrificio consiguió respulsas la cortedad de Caín! Qué mucho, dice San Ambrosio, si éste ofreció de los frutos, aquél de los primeros. La calidad del sacrificio, fue en Abel argumento de las excelencias de su fe, pues, como notó San Juan Crisóstomo, su misma fe, fue impulso a la pre-

⁶ prácticas.

ciosidad de la víctima. Ambos ofrecieron con fe; pero la de Abel se calificó de más grande, porque ofreció lo mejor. Siendo pues los Reyes de España, por excelencia, los Católicos, claro es que degeneraran de los méritos del renombre, sino probaran lo más excelente de su fe con lo más ventajoso de sus cultos.

En la misma cédula ordenó su Majestad que se nombrase un oidor por superintendente de la fábrica, para que a la presencia de su autoridad e instancia de su cuidado, tuviese más breve complemento la obra. Esto fue añadir mejoría a lo mejor pues en sentencia de San Ambrosio, siempre la presteza fue realce del servicio y recomendación del obsequio. En conformidad de esta real cédula, siguiéndose la traza, que pareció de mayor suntuosidad y hermosura, se continuó a toda diligencia la obra y en el gobierno del Excelentísimo señor Don Diego Carrillo de Mendoza y Pimentel, del hábito de Santiago, Marqués de Gelves, siendo superintendente y comisario de ella el Licenciado Alonso Vázquez de Cisneros, Oidor de la Real Audiencia de esta Corte, el año de seiscientos y veinte y tres, se cerraron las dos bóvedas de la Sacristía mayor, que son de lazos de cantería, a correspondencia de las de la Sala Capitular, quedando por la parte exterior eminente, enteramente perfeccionada con sus canales engastados en una cornisa de hermoso vuelo, que seguida después en lo restante del edificio, corona vistosamente el primer alto de las Capillas.

En el gobierno del Excelentísimo señor Don Rodrigo Osorio Pacheco, del hábito de Santiago, Marqués de Cerralbo, se demolió la Iglesia vieja y se pasó y colocó el Santísimo Sacramento en la Sacristía mayor de la nueva, donde estuvo y se celebraron los oficios divinos, desde el año de veinte y seis, hasta el de cuarenta y uno. Cerróse la capilla del Sagrario de los curas, que es la primera, por la parte del medio día, al lado de la Epístola; su cerramiento y lazos son de cantería, a proporción de las otras bóvedas, que hasta entonces se habían hecho. Cerróse también la capilla de San Isidro Labrador, inmediata a la antecedente, en cuya bóveda se varió la obra, disponiendo Su Excelencia, con parecer muy deliberado de los más diestros Artífices de aquel tiempo, se hiciese más ligera, atendiendo en esto su providencia a la permanencia de la fábrica, respecto de la inconstancia del suelo, cuya debilidad ha sido siempre digno motivo de las justas quejas, que de la inadvertencia de sus primeros pobladores, repite esta Ciudad, experimentando cada día la breve duración de

sus obras, la apresurada ruina de sus edificios. No se negaron en esta ocasión a la hermosura, las atenciones, que se dieron a la consistencia de la fábrica, en la novedad de esta bóveda, y así, todo su convexo se hermoseó con lazos, tarjas y figuras de medio relieve en yeso, con perfiles dorados. Acabóse el año de seiscientos y veinte y siete, siendo Comisario de la fábrica el Licenciado Don Diego de Avendaño, Oidor de esta Real Audiencia.⁷ El de veinte y nueve sucedió la última y mayor inundación que ha padecido esta Ciudad: causa porque necesariamente se suspendió por algunos años la obra, y aun se renovaron los intentos antiguos, ya imposibles, de mudar la Ciudad a lugar más oportuno.

Por los fines del año de seiscientos y treinta y cinco, gobernando el Excelentísimo señor Don Lope Díez de Armendaris, del hábito de Santiago, Marqués de Cadereita, y teniendo la superintendencia de la fábrica, por cédula especial del Rey Nuestro Señor Don Felipe Cuarto, el Doctor Don Diego Guerra, Deán de esta Santa Iglesia, se instauró la continuación de la obra, con tal fervor, que al celo de Su Excelencia y continua asistencia personal del Deán, se compensó la interrupción que había tenido en el tiempo antecedente, con los muchos aumentos que tuvo en éste; pues en él se labraron y acabaron perfectamente las dos bóvedas primeras de la nave mayor, sobre la Capilla de los Reyes, subiendo los muros de ella, desde la mitad de las cuatro ventanas que tiene colaterales; y asimismo se hicieron cinco bóvedas de las naves procesionales: tres al lado del Evangelio y dos al de la Epístola, que son las primeras, por la parte del Septentrión y cabecera de la Iglesia, levantando, desde la imposta o capitel que corona las capillas, las formas o semicírculos en que están compartidas las ventanas, y sacando a su correspondencia, desde los capiteles de las columnas, los arcos sobre que sientan estas cinco bóvedas, cuya obra se dirá después en la descripción de la fábrica. En tiempo del Excelentísimo señor Don Diego López Pacheco, Marqués de Villena, Duque de Escalona, se techó de madera un grande espacio de la nave mayor, para pasar a él el Santísimo Sacramento, como se hizo, en veinte y nueve de septiembre de seiscientos y cuarenta y uno, obra, aunque interina, de mucha importancia para el consuelo del pueblo, que no podía asistir, sino muy limitado, a

⁷ Las yeserías ornamentales en bóvedas más antiguas de que se dice haber noticia en la Nueva España, eran las de San Agustín, de Puebla, de 1628, pero aquí aclaramos que en este caso se adelanta la Catedral de México.

la celebridad de las fiestas en la Sacristía mayor, donde había estado hasta entonces. Y sin duda, a no haber sido tan breve el tiempo de su gobierno, hubiera tenido en él muy crecidos adelantamientos la fábrica, por la heroica generosidad de su nobilísimo pecho, bien conocida y satisfecha con el particular afecto que en estas partes la conciliaron sus prendas, añadido al principal y general amor, que por la inmediata representación del Rey nuestro Señor, tiene siempre a sus Virreyes la constantísima fidelidad de este Reino. La misma brevedad del tiempo no dio lugar a notables aumentos de la obra, como se debía esperar, en el gobierno del Excelentísimo señor Don Juan de Palafox y Mendoza, Obispo de la Puebla, que gobernó desde diez de junio, hasta veinte y tres de noviembre de cuarenta y dos.

Sucedióle el Excelentísimo señor Don García Sarmiento de Soto-Mayor, del hábito de Santiago, Conde de Salvatierra, en cuyo tiempo, estando la fábrica por comisión particular de su Excelencia a cuidado del Ilustrísimo señor Doctor Don Pedro de Barrientos Lomelín, Tesorero entonces de esta santa Iglesia, después Chantre, Provisor, y Vicario-General del Arzobispado y Comisario General de la Santa Cruzada, que murió Obispo de la Nueva-Vizcaya, se hizo la bóveda de la capilla de la Concepción y una de la nave procesional, que es la correspondiente a la capilla de San Pedro, con que quedaron perfeccionadas por cada lado en correspondencia tres bóvedas procesionales. Y todo el medio que les corresponde de la nave mayor, desde la Capilla de los Reyes, se cubrió por entonces con un zaquizamí, o media tijera de madera, elevado a toda la eminencia de las bóvedas de la capilla mayor, y labrado con tanta fortaleza y aliños, cuantos pudieran atender el cuidado y el arte (como) si fuera muy de la primera intención de la planta. Quedó esta parte de la Iglesia tan lucida, desahogada y capaz para todas las funciones eclesiásticas, que pudo, sin embargo, estrenarse por febrero de cuarenta y cinco, con la consagración del Ilustrísimo señor Don Juan de Mañozca, Arzobispo de México; acto que, por la pompa de lo ceremonial y numerosidad del concurso, pedía toda la capacidad de un templo muy entero. De aquí acaso nació el equívoco de tenerle por acabado Gil González Dávila, en su "Teatro Eclesiástico de las Indias", que aunque dice haberlo escrito así su Ilustrísima, lo contrario se convence con evidencia de la carta de gracias que le escribió el Rey nuestro señor Don Felipe Cuarto, en cuatro de octubre, de cuarenta y ocho, pues dándoselas de lo que había hecho en servicio de ambas Majestades, no menciona el com-

plemento de esta Iglesia, cosa que no omitiera su Majestad, siendo tan de su deseo, ni menos la reprensión, si se hallara en materia tan grave, siniestramente informado. Ni acuso la fidelidad del autor; atribuyóse éste y semejantes deslices a la distancia, que en ésta, y otras materias debilita muchas veces lo genuino de las noticias, padeciendo en tan larga navegación lastimosas averías la verdad, desdicha y bien llorada de estos Reinos.

En trece de mayo de seiscientos y cuarenta y ocho, entró en el gobierno, con título sólo de Gobernador, el Ilustrísimo señor Don Marcos de Rueda y Torres, Obispo de Campeche, y por su muerte, gobernó la Real Audiencia, desde veinte y dos de abril, hasta tres de julio de cincuenta, día en que entró en México el Excelentísimo señor Don Luis Enríquez de Guzmán, Conde de Alva de Aliste, del hábito de Alcántara, en cuyo tiempo, vista la eficacia y reconocido el conato con que se aplicó todo el celo de Su Excelencia a la prosecución de la obra, empezó a parecer posible a los nacidos llegarían a gozar el feliz y tan deseado día de la dedicación de esta Iglesia, porque hasta entonces, aunque advertían que la suntuosidad y perfección de lo obrado, dignamente pedía el sudor de muchos siglos, con todo, reconociendo lo que se había hecho en el espacio de setenta y siete años y regulando por él, el tiempo que sería necesario para lo mucho más que restaba a la fábrica, apenas concedían sus esperanzas a la tercera o cuarta generación la felicidad de este día. A todas las cosas y aun a los movimientos (como notó San Agustín) atribuyó deidades, en su gentilidad, la ceguera romana. Agenoria llamó a la diosa que fingió para obrar, dándole este nombre del mismo efecto a que la destinó su arbitrio, y como en las obras se puede proceder, más o menos intensamente, crió también su necia facilidad otra diosa, que llamó Estimula, atribuyéndole la estimulación de los ánimos, para la más activa prosecución de las obras. Aun para suspenderlas, para interrumpirlas, hizo Roma otra deidad, y la llamó Quietud, mas siendo así que a las dos primeras levantó templos dentro de la ciudad el Romano, nunca quiso erigirle dentro de sus muros a la Quietud. Doy a sus errores el desprecio que se merecen, mas no niego a la moralidad que insinuaron, la atención que se le debe, pues aunque negándose a toda la luz natural hicieron y multiplicaron deidades, no dejaron de conocer que los aumentos de las ciudades, ya en lo político de su régimen, ya en lo material de sus edificios, se consiguen a instancias de la eficacia, como sus ruinas a intercadencias de la

actividad. Y así, usando de sus términos, en cuanto precisamente significan las acciones humanas, podemos decir que hasta este tiempo cuidó la fábrica Agenoria, porque a la verdad se obraba. Tuvo lugar, a veces, la Quietud, porque necesitaron urgentes motivos a la interrupción, mas desde aquí solicitó Estimula sus progresos, porque estimulado de su mismo celo, el Excelentísimo señor Conde de Alba, la emprendió con tanta resolución, y eficacia, cuanta pedían todos los deseos de la América. Uno de los más importantes medios, que puso Su Excelencia para que anduviese al paso que pedían las instancias de su fervor, fue nombrar en el ingreso de su gobierno, por superintendente y Comisario de ella, a Don Fernando Altamirano, caballero amabilísimo de extraordinaria virtud y singular prudencia, en quien verdaderamente concurrieron las atenciones de cristiano, con las observaciones de político, extremos que tiene por incomprensibles el vulgo y que unió con tanta consonancia su discreción, que siendo cortesantemente religioso en los templos, era también religiosamente cortesano en los palacios. Sabía ignorar la infeliz arte de los áulicos que, dirigiendo toda la especulación de sus dictámenes a las prácticas de la adulación, son nutricios de las pasiones de los Príncipes, alimentándolas con la perniciosa suavidad y fatal dulzura de las lisonjas. Había sondeado sus talentos y explorado sus prendas la grande capacidad del señor Conde de Alba, en diferentes ocasiones, y especialmente en el ministerio de su mayordomo mayor, reconociendo que no le enfermaba de ambicioso los favores, ni de avaro el manejo de los tesoros, y así le fío llenamente ⁸ todos los pertenecientes a la fábrica, en cuya administración procedía tan escrupuloso que, necesitando algunas veces de cantidades muy cortas para el sustento de su noble y dilatada familia, recurría al empréstito del amigo, por no tocar en el dinero de la obra, teniendo con qué satisfacerlo, cuando llegase el tiempo de distribuirlo; porque como destinado al edificio del templo, le miraba como sagrado, pareciendo a su religión, que le profanaría en otros usos, y a su nimia entereza, que con el más leve y asegurado suplemento, mancharía su fidelidad. Ocioso habrá parecido este encomio a los que no le conocieron, pero tan debido a los que le trataron, que si le omitiera en tan oportuna ocasión, acusaran dignamente de negligente, y aun de injusta, a la pluma; porque cuando las alabanzas son debidas, las retiene con injusticia el silencio, y aun

⁸ Así dice el texto, pero parece debió ser llenamente.

las usurpa a la utilidad común, escondiendo a la imitación los incentivos del ejemplo. Estuvo a cuidado de Don Fernando Altamirano la obra, desde el año de cincuenta y uno, hasta el de sesenta y cuatro, en que murió. Con la intervención de su vigilancia, intentó Su Excelencia empezar por lo más arduo, disponiendo se diese luego principio a la fábrica de las bóvedas mayores de la nave principal, para lo cual se corrió desde la capilla de los Reyes, hasta las columnas del crucero, por ambos lados, una imposta de cantería, conforme en la labor, igual en el vuelo, y correspondiente en la altura a los segundos capiteles de las columnas, porque componiéndose éstas de cuatro medias-muestras, las tres primeras exteriores están primero capiteladas para el nacimiento de los arcos procesionales, y la media-muestra interior, seguidas las estrías, se continúa a más eminencia, y en la proporcionada, tiene segundo capitel, donde se mueven los arcos de las bóvedas mayores. Labrada esta imposta, se fueron obrando sobre ella las seis formas, que corresponden a las tres bóvedas primeras de la nave mayor, tres por cada lado. Levantáronse estas formas hasta quedar acabados los cerramientos de diez y ocho ventanas que les corresponden, y en estado ya de echar las claves a los semicírculos que las ciñen. A la misma altura quedó también volado, por ambas partes, el arco toral inmediato al cimborrio, para cuya cimbria, como también para formar las de las bóvedas y levantar grúas proporcionadas, se derribó primero el zaquizamí de madera, que en este espacio se había puesto al año de cuarenta y cinco. Empezóse también a fabricar la torre sobre la capilla del Sagrario; labróse el banco en que se funda, y se levantó el primer cuerpo, hasta la mitad de los primeros campaniles, obras todas que, si la intención del trabajo, el número de obreros, y la estimulación de Su Excelencia no hubieran preocupado el tiempo que pedían, no pudieran haber cabido en el breve espacio de poco más de dos años.

En quince de agosto de seiscientos y cincuenta y tres, entró en México el excelentísimo señor Don Francisco Fernández de la Cueva, octavo Duque de Alburquerque, de la Orden de Santiago, y aunque todas las partes de su gobierno, siempre plausibles, le merecieron estimaciones universales, singularmente le negoció los afectos de todos el conato, con que aplicó todas sus eficacias a la fábrica del templo. No aspiró la piedad de sus intentos a proseguirla, sino a acabarla y aunque no supo la ejecución en el tiempo, venció al tiempo en lo que hizo. Díganlo los mismos progresos de la fábrica,

que como obra lo dirán mejor, que la mejor elocuencia, porque no hay más elocuente recomendación de las obras, que las obras. A la instancia y casi cotidiana personal asistencia de Su Excelencia, que todas las más tardes pasaba del Palacio, a la Iglesia, y a la influencia de su liberalidad, que señalando tareas a los obreros, los provocaba al cumplimiento con ofertas de particulares premios, que a expensas propias distribuía después su magnificencia, consiguió tantos aumentos la obra, que siendo en la realidad experiencia a los ojos, parecerán en esta relación encarecimiento al oído. En su tiempo se perfeccionaron las seis formas que dejó casi en sus términos el Excelentísimo señor Conde de Alba; echóse la clave al arco toral inmediato al cimborrio, levantáronse en el todo los dos arcos intermedios y se labraron las tres bóvedas primeras de la nave mayor; levantáronse por ambas partes los extremos del crucero, desde la primera imposta, siguiendo sobre ella el primer orden de las ventanas, y asentando sobre la segunda las formas con claraboyas, o ventanas circulares en sus medios. Y sobre cuatro Arcos, los unos estriados y los otros áticos a correspondencia de las columnas, se hicieron las cuatro bóvedas de los brazos del crucero, que son también mayores y elevadas a la misma altura de las antecedentes. Hiciéronse desde sus formas las dos bóvedas procesionales inmediatas al crucero por la parte del mediodía, y las bóvedas de siete capillas, que faltaban de cubrir en toda la Iglesia. En el segundo cuadro de la nave principal, se hizo el presbiterio, o banco del Altar Mayor, murado de cantería y coronado por las tres partes de balaustres de hierro. Labráronse los muros del Coro, que ciñen dos cuadros de la misma nave, con zócalos, ángulos y cornisas de cantería; sobre éstos se siguió por los lados y cabecera una tribuna volada de cedro y tapincirán, madera preciosísima de este Reino que, sobre un leonado muy lustroso, varió de negro artificiosamente la misma naturaleza.⁹ El cuadro del cimborrio se techó de madera, en forma de media tijera, con tal fortaleza que, cuando llegase el tiempo de edificarle, pudiese sustentar su cimbria, mirando a no embarazar el uso de la Iglesia en el tiempo de su edificación. Y con la misma prevención se cubrió a techo tendido, desde los capiteles de las columnas, el demás espacio de la Iglesia, que restaba de acabar. Prosiguióse

⁹ Como se ve, desde 1653 estaba hecho el Coro, “con muros de cantería”, sus balaustres de hierro, y sus tribunas voladas de cedro; la sillería era provisional, pero existía *in situ*. Por ello resulta más peregrina y absurda la tesis de Luis Gómez de Trasmonte, en 1668, de cambiar el Coro detrás del Altar Mayor y que, naturalmente, le fue negada.

en el edificio de la torre, hasta perfeccionar el primer cuerpo, que cierra en una bóveda de mucha eminencia. Para ocupar todos sus claros condujo Su Excelencia de diferentes partes doce campanas, las más preciosas y sonadas de todo el Reino, que con otras ocho, que tenía la Iglesia, llenaron los veinte campaniles del primer cuerpo con cuya armonía elocuente, el viento dice a mucha distancia las grandezas de México, mejor que la torre del laberinto de Porcena, Rey de Etruria, resonaba las de Italia.

Todo lo referido se obró desde el año de cincuenta y tres, hasta el de sesenta. Pero antes, estando la Iglesia en tal estado, que toda la evidencia de los ojos apenas bastaba a persuadir sus aumentos, porque ya los había aprehendido la desconfianza imposibles, determinó Su Excelencia se celebrase solemnemente su dedicación, como se hizo en dos de febrero de seiscientos y cincuenta y seis, día tan lleno en lo festivo, que pudieran quedar exhaustas las esperanzas de otro mayor, si en materias de Religión fuera capaz de desmayos la piadosísima magnificencia de México. Todo el caudal si de los ventajosos ingenios de sus hijos quedó sin alientos de aspirar a competir el sermón que en aquella ocasión predicó y dio en las prensas a la admiración el Doctor y Maestro don Simón Esteban Beltrán de Alzate, Canónigo Magistral entonces y hoy Maestrescuela de esta santa Iglesia, Catedrático jubilado de Prima de Sagrada Escritura.¹⁰ El gozo de aquel día, aunque anticipado, fue muy tempestivo, atendido el fervor de Su Excelencia; porque habiendo aspirado todo el conato de sus deseos a la última perfección del templo, para dedicarle, se hizo digno de todo el gozo de la dedicación. Suele preocupar el deseo lo que dilata el tiempo; impaciente de sus tardanzas presume el ánimo aun lo que espera; lo que no se concede a la vista previene a veces la eficacia de los afectos. Son tan largas las manos de un deseo, cuando es intenso, que saben arrebatar al mismo tiempo, aun las felicidades que distan. A la ejecución de un milagro se negaba nuestro Salvador en Caná de Galilea, porque no había llegado el tiempo de hacer milagros. Instó con súplicas el deseo y ejecutóse el portentoso. ¿Luego sin tiempo? No, que aunque no había llegado el tiempo para el prodigio, había llegado para el deseo, y la misma eficacia del deseo

¹⁰ Nació en México en 1620, hermano de la Condesa de Peñalva. Murió en 1670 habiendo sido preconizado Arzobispo de Manila, alto cargo que le impidió la muerte. El larguísimo título del sermón puede verse en Vicente de P. Andrade, *Bibliografía mexicana* del siglo xvii, México, 1899, pp. 300-301.

hizo que fuese tempestivo el milagro, y que, sin esperar la tarda sucesión de las obras, se anticipase o retrocediese desde lo lejos de esperado en lo futuro, hasta las cercanías de gozado en lo presente. Aunque parece, pues, que por no acabado el templo, no había llegado el tiempo de su dedicación, llegó aquella dedicación muy a tiempo, pidiendo el deseo de Su Excelencia, como premio de sus fervores los gozos de aquel día.

En diez y seis de septiembre de mil y seiscientos y sesenta, sucedió en el gobierno el Excelentísimo señor Don Juan de Leyba y de la Zerda, Marqués de Leyba, Conde de Baños. Siendo otro el gobernador, no fue otro el desvelo en la diligente prosecución de la fábrica, pues se siguió tan a un paso, o se prosiguió tan a un vuelo, que no pareció distinto, sino uno mismo el cuidado. Grande motivo a los elogios de Su Excelencia, si no se niega a la verdad la razón. En los gobiernos temporales sucesivos han padecido siempre las obras grandes el peligro de suspendidas: o porque sule el que sucede, envidiando las glorias de su antecesor, negarles las prosecuciones, para que les falte el complemento; o porque ambicioso de honores propios, tiene por medio más oportuno para conseguirlos la novedad de lo que empieza, que la continuación de lo que halla, condescendiendo en esto a la ignorancia del vulgo, en cuya ciega estimación tuvo siempre menos lugar para el aplauso influir en la parte de un todo muy grande, que ser primero autor de un algo muy pequeño. Error fácil de vencer, pero no de disuadir. Porque si la constancia en un mismo sujeto es tan plausible, siendo así que para alentarse en los progresos, es mucho impulso mirar como propios los principios, cuanto más debe ser loable en diferentes sujetos la consistencia. Por eso es justamente digno de los aprecio discretos de la república el gobernador que atropellando a la vanidad aquel dictamen, insiste en las mismas obras que emprendió, o continuó el cuidado de sus antecesores. No envolvieran los gobiernos temporales tantos inconvenientes, como lamentan los mejores políticos, sino se mudara con los gobernadores el gobierno si, como se siguen en el poder, se siguieran en el obrar. Aplauda pues el vulgo lo nuevo sin atender a lo útil; que aunque a las obras inútiles se sigan glorias, son glorias que oscurecen, no que ilustran, porque las da la ignorancia, no las debe la discreción; que solamente las obras que por honestas y provechosas son dignas del pensamiento del hombre, son también dignas de la alabanza del hombre. Y así lo es el vigilantísimo cuidado del Excelentísimo señor

Conde de Baños, en la continuación de la fábrica. En su tiempo se hicieron, con los arcos y formas que les corresponden, dos bóvedas de la nave mayor, la inmediata al crucero y la que se le sigue, que es la primera sobre el coro; cuatro de las naves procesionales y se labró desde las pechinas el cimborrio, obra la más ardua de todo el templo, en que se compitieron lo maquinoso y lo perfecto y, excediendo a la altura de sus claves las eminencias del arte, quedó mayor que su grandeza el primor de la arquitectura. Cerróse el círculo de cantería, en que se mueve el fanal de la cúpula, en diez de junio de 1664. En 29 del mismo mes y año, sucedió en el gobierno el Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Don Diego Osorio de Escobar y Llamas, Obispo de la Puebla, y sucediendo tan bien en el celoso fomento de la obra, la dio todos los aumentos que cupieron en la brevedad del tiempo que gobernó.

En quince de octubre de mil seiscientos y sesenta y cuatro, recibió esta Imperial Ciudad al Excelentísimo señor Don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, de la Orden de la Alcántara, Comendador de Puerto Llano, en la de Calatrava. Menos festivamente entró su Excelencia en la Ciudad para el gobierno, que en los corazones de todos para el amor, siendo sobre sus aciertos, los agrados de su benignidad eficaces precursores de su mejor recomendación. La mayor gloria de los gobernadores no es ser obedecidos, sino amados; ni se infiere lo amado de lo obedecido, que la obediencia, aun con el odio se compadece, o porque la necesita el temor, o porque es la más grande ostentación de la fidelidad obedecer sin amar, y ésta sería en este Nuevo Mundo la causa, si alguna vez estuviese en el fin el amor la obediencia. No es la voluntad, voluntad, cuando la trae el rigor, porque entonces no va, la llevan, y no ir, es no querer. Persuadiendo Séneca a los Príncipes, que está en la suavidad el medio más oportuno para que deseen las provincias la continuación de su gobierno, dijo con profundidad, que la voluntad mejor sigue, que se lleva. Al impulso del rigor va llevada; al atractivo del agrado va yendo; llevada del temor no es voluntad, porque es impulso extraño de violencia el que la arrastra; yendo sí, porque es ímpetu propio de amor el que la mueve; de este modo lleva, y se le van las voluntades a Su Excelencia. Cuando no le alentara a la prosecución de la fábrica la cercanía de su fin, que influye muchos alientos, pues como dijo la discreción de Casiodoro la esperanza próxima del efecto excluye el tedio al trabajo, y es grande incentivo a la voluntad creer cercano el com-

plemento de lo que se desea; en el celo de su Excelencia, en su Religión, en su prontitud a la ejecución del gusto Real sobrarán motivos para proseguirla. Siguióla pues su cuidado, hasta conseguir enteramente la última perfección de todo lo interior del templo, labrándose a la influencia de su solicitud, desde el principio de las formas y movimiento de los arcos las tres bóvedas últimas de la nave mayor y las cuatro procesionales, dos por banda, inmediatas a la fachada principal, que mira al mediodía, cuyos muros se levantaron con tres claraboyas en sus medios, hasta cerrar en la eminencia de los arcos. Reparóse el muro exterior de la capilla de San Miguel, que había hecho algún sentimiento y, por ser angular, y en que ha de levantarse segunda torre, fue de grandísima importancia su reparo. Había Su Excelencia escrito a Su Majestad de la Reina nuestra señora, que Dios guarde, el año pasado de seiscientos y sesenta y siete, que dentro de él se podía esperar perfectamente acabo todo lo interior del templo. Sino hubiera consultado primero los esmeros de su cuidado que la dificultad de lo prometido, aunque con la limitación de esperado, casi no se pudiera excusar de temeridad la promesa, pero siendo su misma solicitud fiadora del cumplimiento, sobró término a la palabra, pues estuvo desempeñada por los principios de diciembre del mismo año, tiempo en que ya venía navegando una Real Cédula de cuatro de octubre, donde la religiosísima atención de Su Majestad, dándole gracias por la noticia, le reconvenía a la ejecución por estas palabras, que refiero, porque la energía de su contexto sea en lo futuro glorioso testimonio de su piedad austriaca:

Referís en otras de 11 y 17 de Abril, el buen estado en que se halla la fábrica material de la Santa Iglesia Metropolitana de esa Ciudad de México y que se puede esperar dentro de este año la total y perfecta conclusión de todo lo interior del templo y la buena economía, con que habéis procurado se disponga; y he holgado con estas noticias y espero de vuestro cuidado y atención, adelantaráis esta obra, de manera que con brevedad se vea en toda perfección.

En estas últimas palabras no contento el católico celo de Su Majestad con la perfecta conclusión de lo interior, encarga la exterior y total, ordenando que se vea con brevedad toda su perfección, en cuya obediencia, prosigue hoy Su Excelencia levantando las dos columnas o estribos exteriores de la fachada, correspondientes a la división de las naves, entre que se han de edificar las tres portadas principales,

con ánimo de principiarlas luego, supuesto este ánimo, y a la confianza de su cuidado, merecida a pruebas de experiencias, espera muy en breve el término de lo que aún aguarda el principio.

Habiendo cooperado en la edificación de este templo, por el espacio de noventa y cuatro años el desvelo de tantos señores virreyes, parece, que aunque a todos parcialmente corresponde la gloria de edificadores suyos, como a todas las piedras de una bóveda la hermosa construcción de su fábrica, pues en ella recíprocamente se sostienen, y sin la sucesión y arrimo de una en otra, fuera cada una ruina, la que usó Séneca persuadiendo la unión y cooperación de los hombres; todavía se puede dudar, de cuál entre tantos se deberá decir por excelencia en la posteridad que edificó este templo (hablo en el sentido en que las obras públicas se atribuyen a los gobernadores, como a ejecutores de la voluntad real, reservando siempre la primacía de esta gloria a la capital influencia de los Reyes nuestros señores). Respondo que siempre deberá decirse, que le edificó el Excelentísimo Señor Marqués de Mancera, por haberle acabado. No consulté la resolución con su modestia; ante sí oí decir alguna vez a Su Excelencia, que acabarle más fue felicidad que diligencia, porque cuando su deseo y su cuidado llegaran a lo sumo en su prosecución, sino hubiera llegado a tiempo en que hallara posible su complemento, fueran los deseos los mismos; pero faltara el logro, que ofreció felizmente a su gobierno el acaso. El dictamen es tan racional, que convence en parte el intento, mas no disminuye el mérito (¿cuándo no le aumentó la modestia?) porque aunque halló su Excelencia el complemento posible (aquí estuvo la felicidad), no le halló fácil (aquí la diligencia) obra había para más tiempo, si hubiera en Su Excelencia fervor para menos obra. Aun sin la circunstancia de tanta dificultad en lo que restaba a la fábrica, bastaba haberle dado última perfección, para que se le deba en las memorias futuras el título glorioso de su edificador apoyado en todas letras. En las divinas leemos al capítulo primero de Judith que Arsajad, Rey de los Medos edificó a Ecbatani, ciudad poderosísima, siendo constante, como observó Cornelio, que la halló edificada, lo estaba aún antes de Semíramis, que según Diódoro Siculo, la adornó con suntuosos palacios y, necesitando de agua, se la entró del monte Oronte. ¿Cómo pues se da en las sagradas letras a Arsajad el nombre de su edificador? Porque le dio la última perfección, pues le labró fuertes muros, como añade después el mismo texto y así porque se le debió el complemento de la ciudad en los

muros, consiguió el nombre de su edificador en las memorias. A Babilonia edificó Nemrod (que es el mismo, como prueba Pereira, a quien otros llaman Belo padre de Nino) consta del sagrado texto del Génesis, donde se dice, que fue Babilonia el principio de su reino: mas con todo, el estilo común de los escritores griegos y latinos, atribuye su edificación a Semíramis, gloria que también le cantó Propercio. Estando pues tan antes edificada, ¿por qué tantas plumas dieron conformes a Semíramis, este honor? Porque le ciñó de muros, como añadió el mismo Propercio, y cantó Ovidio a cuyos versos refiere San Jerónimo, dándole también el título de su edificadora. De suerte que a quien edifica murallas, corresponde en la posteridad la gloria de que edificó ciudades, aunque las halle hechas; porque de modo son complemento de las ciudades, los muros, que sin ellos aún no tienen la denominación de ciudades, las cuales según Varrón se llamaron urbes, por el orbe, o círculo, que al gobierno de la mancera señalaba la reja del arado. Razón porque no menos se debe llamar edificador del templo de México Su Excelencia, que su famosísimo padre, el Excelentísimo señor Don Pedro de Toledo y Leiba, edificador de la muy noble ciudad de Lima, opulentísima metrópoli del Perú, pues habiendo descubierto Jacome Maire, Almirante de una armada enemiga un nuevo, fácil y breve estrecho, que llamaron de su nombre, por donde se podían infestar aquellos Reinos, sin los peligros del dilatado y tortuoso estrecho de Magallanes, que con vientos encontrados de ambos mares hacía muy tormentoso y difícil su antiguo tránsito. Confederados en una gruesa armada los enemigos de Europa, trasladando por él, intentaron invadir el puerto de Callao; surgieron a su vista por el año de seiscientos y veinte y cuatro: impidieron el comercio general y, haciendo varias presas, se prometieron tan mayores facciones, que propalando impresos sus designios, jactaron intentos de apoderarse de las Indias. Y aunque para resistirlos se hicieron algunas cercas y plataformas en la marina, fueron de tan poca consistencia, que a pocos años la arruinaron los combates del mar, hasta que entrando en el gobierno de aquel Reino, por el año de treinta y nueve el Excelentísimo señor Marqués Don Pedro, frustró todas las esperanzas enemigas, edificando en el Callao una muralla de cal y piedra de mampostería, con doce plataformas y baluartes capaces de cien piezas de artillería y un recinto de diez y seis mil pies de circunferencia, obra que haciendo inexpugnable aquel puerto y murando la cercana ciudad de Lima, la dio nombre, como a las

antiguas, la dirección de la manquera en los orbes de sus muros. Si aquella obra por ser último complemento de la ciudad mereció al señor Marqués Don Pedro el nombre de su edificador, como a Arsa-jad y a Semíramis los muros de otras ciudades, en este Reino también merece el Excelentísimo señor Marqués su hijo el glorioso nombre de Edificador del suntuosísimo Templo Mexicano, por haberle dado última perfección, pues si la denominación de las ciudades se toma de la muralla que las perfecciona, la de los Templos también de la perfección que los acaba. En el derecho el complemento da nominación a los edificios, y así dijo Baldo, que lo que está próximo a perfeccionarse, ni se tiene, ni se dice perfecto y hablando expresamente de templos la erudición de Tiraquelo en sus comentarios a las leyes connubiales, dijo con el mismo Baldo que las cosas no se denominan por lo que serán, sino por lo que ya son.

Desde el principio de la fábrica, que como se ha dicho, fue en el año de quinientos y setenta y tres, hasta diciembre del pasado de seiscientos y sesenta y siete, en que acabado todo lo interior se celebró su deseada última dedicación, ajustada la cuenta de su costo, por la situación fija que ha tenido en cada año, que han sido diez y ocho mil y quinientos pesos y, añadiendo trece mil, que ha suplido más la Real Caja a la fábrica, ha costado un millón, setecientos y cincuenta y dos mil pesos. Calle la envidia, convéznase la emulación, y pues las paredes de los templos son sagradas murallas del culto, diga con verdad Erasmo en su *Panegírico* a Filipo Primero, que España es el más sólido muro de la Religión. Prométase, a pesar de las hostilidades que la infestan, no solamente murada y defendida del cielo para su conservación, sino también ampliada en nuevos felicísimos aumentos, con que se propague y extienda cada día por el Orbe su Corona, que si tuvo Dios por necesario dar al hombre consorte, sin cuya compañía, faltando la propagación, faltaría en el mundo la nobleza de su ser, así también quiso, que el esfuerzo militar sin esposa, se viese en breve extinguido; mas para que se conservase permanente y se extendiese aumentando, le dio por consorte a la Religión, de cuyo matrimonio son legítimos partos la conservación y aumento de los Reinos. Y como cantó elocuente la discreción de un poeta, se desposaron y habitan en la piadosísima Casa de Austria. Y así nuestros católicos Reyes Hispanos-Austriacos, mirando a la Religión como esposa, miran también los tesoros que adquieren, como partibles con

ella, con tan piadosa magnífica liberalidad, que saben darla casi dos millones en la fábrica material de sólo un templo.

Humanum cum plasta genus sibi conderet unum
Consortem, sine qua nequeat consistere Regnum.
Quod Med, quod Persa habuit, quod Graecus, & Inda,
Romanus, genuit Mauors sine coniuge prolem.
At Medus, sic Persa ruit, sic Graecus, et ipse.
Romanus Deus imperium sine fine daturus.
Conuubio Marti coniunxit Religionem;
Austriacam que habitare domum per faecula iussit.

La sentencia de estos versos, digna de todos idiomas, por ser su concepto epitalamio de tales nupcias, es ésta:

Cual sin consorte el hombre no pudiera
En larga descendencia conservarse,
Siendo a su ser preciso el acabarse
Al fatal golpe de la muerte fiera.

Imposible también a Marte fuera
En permanentes glorias dilatarse,
Si sin Esposa para propagarse
El valor militar sólo estuviera.

El Medo, el Persa, el Griego, que vencieron
Tanta parte del Orbe, que ocuparon
Faltándoles consorte perecieron

Marte y la Religión se desposaron,
Y eterno dilatado Imperio dieron
a la familia de Austria, en que habitaron.

Aunque en lo antecedente se ha dado por partes alguna luz al conocimiento de la grandeza del todo de esta Iglesia, no tanta que baste para hacer el concepto que debe corresponder a su fábrica, así referiré la descripción que hice de ella en otra parte,¹¹ por pedirla aquí escencialmente el argumento de este escrito.

¹¹ En el libro *Llanto del Occidente en el ocaso del más claro sol de las Españas; fúnebre demostración que hizo, Real Pira que erigió en las Exequias del Rey N. S. Felipe III, e' Exmo. Sr. Don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera . . .* México, 1666.

La forma de su arquitectura es de orden dórico; la materia de sus columnas, basas, capiteles, cornisas, frisos, estribos, exteriores, arbotantes y guarniciones, es de piedra de cantería, y lo restante de sus muros y macizos de sus paredes de una especie de piedra roja, que siendo muy porosa y ligera, con todas las bocas de sus poros arguye claramente la singular providencia, con que la crió Dios en las cercanías de México, proporcionándola a su terruño, y previniéndola a la constancia de sus edificios.¹² Tiene de longitud el templo por su planta o pavimento, que corre del mediodía al septentrión, trescientos y noventa y tres pies geométricos, que hacen ciento y treinta y una varas, y de latitud ciento y noventa y dos pies, que componen setenta y cuatro varas excluyendo en esta medida los anchos de las paredes. Divídese su planta en cinco partes, que son la nave mayor, las dos procesionales y las de las capillas, que por los lados ciñen y terminan la fábrica. La nave mayor tiene de diámetro de columna a columna, cincuenta y tres pies; las procesionales treinta y tres y los mismos las capillas. Tiene siete portadas: dos al septentrión, a los lados de la Capilla de los Reyes, que corresponden a las naves procesionales y están enteramente acabadas: dos en los extremos del cruce-ro, que miran al Oriente y al Poniente, cuya hermosa arquitectura se compone de cuatro medias columnas estriadas con sus nichos intermedios, sobre cuyos capiteles, volada una primorosa cornisa, recibe otras cuatro menores, que están hoy a más de la mitad y han de guarnecer tres ventanas, las dos colaterales cuadradas y la de enmedio con cerramiento vaído, sobre la cual está otra circular.¹³ Las otras tres portadas (que como dije antes, aunque desean hoy su principio, esperan breve su fin), son las de la fachada principal, que corresponde a la plaza mayor y miran al mediodía.¹⁴

El todo de la Iglesia hace forma piramidal, disminuyéndose proporcionalmente sus alturas desde la nave mayor hasta las capillas. De las ventanas, que son ciento setenta y cuatro, tres en cada forma, las colaterales cierran en círculo y las medias son de obra de cortes, guarnecidas de molduras, con cerramientos en cercha y derrames interiores y exterior y así participan a lo interior del templo grande claridad, recibiendo enteramente y sin embarazo la luz la nave mayor;¹⁵

¹² Alude Sariñana al tezontle.

¹³ Estas portadas fueron terminadas en 1688.

¹⁴ Terminadas en 1672.

¹⁵ Esta "claridad sin embarazo" se ve ahora entorpecida y amenguada por los vidrios color ámbar que se les pusieron hace pocos años. En el grabado que publicamos, del

las dos procesionales se forman sobre veinte antas o columnas, diez por cada banda, que desde el principio de la basa al capitel tienen cincuenta y cuatro pies y de circunferencia catorce. Compónese cada una de cuatro medias muestras estriadas, con sus traspilares correspondientes a las muestras, que salen de los muros y divisiones de las capillas. La cubierta es de cincuenta y una bóvedas, que asientan sobre setenta y cuatro arcos y cincuenta y una formas. Las bóvedas de la nave mayor y las del crucero son de cañón de lunetos, cuyos perfiles guarnecidos con medias molduras suben a recibir los recuadros, que se comparten en el espacio del cañón, en cuyo centro se forma un cuadro perfecto en que asienta un escudo de las Armas Reales de Castilla y León, de medio relieve, dorado y orlado con la cadena del toisón. A las esquinas del cuadro corresponden cuatro florones, y en otros dos se terminan los ángulos de los lunetos. La Capilla de los Reyes es de forma exagonal, y su cubierta de dos bóvedas divididas con arcos, que se forman sobre columnas áticas, a que corresponden los arcos. La bóveda que está sobre el altar ¹⁶ es esquifada, compuesta de tres paños guarnecidos de molduras, que suben desde los principios de su nacimiento, hasta la clave, donde cierran en un florón dorado, de hermoso relieve, y follaje. Sobre las cuatro antas o columnas del medio del crucero, se levantan los cuatro arcos torales que reciben la cúpula o cimborrio. Entre ellos hay de diámetro, cincuenta y tres pies geométricos, a que corresponden doscientos y doce de circunferencia. En los cuatro ángulos, donde se mueven los arcos, se levantan cuatro pechinas que, siguiendo el balance y movimiento de los arcos, cierran a la misma altura de sus claves, en triángulos equiláteros, haciendo en su eminencia figura ochavada perfecta, la cual se corona y perfecciona con las molduras de un arquitrabe y cornisa, en cuyo friso están repartidos los triglifos y metopas, que pide para la más cabal hermosura y perfección de semejantes edificios el arte. Tienen de altura doce pies el arquitrabe, friso y cornisa. En ésta se mueve un banco de ocho paños, en que están otras tantas ventanas guarnecidas con pilastras, basas y capiteles, que resaltados y seguidos

citado libro de Sariñana, *Llanto de Occidente*, pueden verse la forma de los emplomados que había en el siglo xvii.

¹⁶ Sariñana es el único cronista que habla de un *altar* en el ábside o Capilla de los Reyes; tan pobre debió ser que por eso no lo cita, ni de paso, ningún cronista. Se comprende que, cuando se decidieron en el siglo xviii completar la Catedral con su ámbito barroco, se encargara a Balbás el magno y espléndido retablo churrigueresco que aún está en su lugar.

guarnecen y ciñen toda la circunferencia del ochavado. Tienen este banco de altura, desde la cornisa en que se mueve, hasta el capitel, que le corona, veinte y siete pies. El cerramiento de la cúpula es terciado y sigue la figura del banco en ocho paños iguales, guarnecidos de molduras, que suben hasta la clave, la cual forma un círculo abierto de nueve pies de diámetro, sobre que carga y se forma la linterna o fanal, en que remata el cimborrio, la cual es también ochavada, con los cuatro lienzos macizos y cuatro ventanas en los otros. Desde la clave de la cúpula al pavimento del templo hay ciento y ochenta y cuatro pies, sobre que sube otros cuarenta y cuatro el fanal. Las bóvedas de las naves procesionales son vaídas, y desde su nacimiento a su centro suben ocho fajas de relieve, que cerrando en círculo, guarnecen con él, un escudo de Armas Reales, dando lugar a cuatro florones dorados, en correspondencia al adorno de las bóvedas mayores. Las de las capillas son de crucería o lacería, de diferentes repartimientos, pero correspondidas con igualdad de uno y otro lado. A las capillas se sigue por la parte del septentrión, al lado de la Epístola, la Sacristía mayor y al del Evangelio en correspondencia la Sala capitular, cubierta cada una con dos bóvedas de lazos. Sus puertas, que salen a las naves procesionales, son de igual y perfectísima arquitectura.¹⁷ Después de la Capilla de los Reyes, quedando desembarazado el espacio de una bóveda para el tránsito de las procesiones, entre las cuatro columnas de la que se sigue, se levanta el presbiterio sobre un pedestal de cantería, que ciñe todo el cuadro, siguiendo las molduras de las basas y plintos, a cuyo pavimento se sube por nueve gradas, las siete seguidas con igual huella y las dos separadas, que forman mesas suficientes para la asistencia de los ministros y acólitos. Desde la primera grada de la peana, hasta la primera del Coro hay ciento y treinta y ocho pies de distancia, a que corresponden tres bóvedas mayores, una delante de las gradas, la del cimborrio en medio y otra delante del Coro, en cuyo espacio se ponen los asientos del señor Virrey, Real Audiencia, Tribunales y Ciudad. El Coro ocupa el espacio de dos bóvedas. Su pavimento está en igual elevación con el del presbiterio. Su reja y puertas son de cedro y balaustres torneados de tapincerán, de que también es el antepecho del asiento exterior de los Capitulares y las puertas y rejas de todas las capillas. A la espalda del Coro está el Altar del Perdón, enfrente de la puerta

¹⁷ Fueron terminadas en 1623.

principal de la fachada y entre ella y el Altar, queda el espacio de dos bóvedas de la nave mayor.

Católicamente inyectiva, la erudita pluma del Cardenal Belarmino contra los herejes petrobrucianos, y uviclesistas, que opuestos el culto divino reprendieron sacrílegos el adorno de los templos, notó que éste consiste así en la misma grandeza de sus fábricas, como en las imágenes, cruces, cálices, vestiduras y otros ornatos, en que magníficamente logra la piedad cristiana lo más precioso de sus riquezas. Cuanto se adorne este templo a sí propio con la suntuosidad de su fábrica, ya se reconoce de la descripción antecedente y así, pasando con brevedad a las demás partes de su adorno, si éste resplandece en las imágenes, razón porque San Gregorio Niseno, celebrando de grande el templo de San Teodoro aplaudió en él no menos lo pintado que lo esculpido; en éste hay tanto que admirar en esta parte, que falta espacio para la individuación a la pluma y aun es breve el de muchos días a toda la velocidad de los ojos, para atender, o el primor de los pinceles en lienzos, o el esmero de los gramiles en bultos. La Imagen de Nuestra Señora de la Asunción (misterio titular de esta Santa Iglesia) es de oro, como también la peana, y cuatro ángeles, que asisten reverentemente obsequiosos a tanto propiciatorio; pesa ciento y treinta y nueve marcos y cinco onzas y media, que hacen seis mil novecientos y ochenta y cuatro castellanos. Y aunque sobre tan noble materia añadió preciosidad la variedad de piedras, que brillantes estrellas resplandeciendo en mejor cielo pudieran dar envidia a los astros, si cupieran pasiones en lo insensible, con todo vence a la materia la forma, siendo tan vivo el movimiento de la planta, tan airoso el impulso del vuelo y tan afectuosamente elevado el rostro, que parece repite al original los movimientos y que, agitándole el arte, sin obstarle el peso, sube también el retrato.¹⁸ Tiene otra imagen de plata, que es de la Concepción, de más de una vara, y pesa ciento y treinta y ocho marcos. Está en capilla propia de su advocación, asignada al gremio de la platería de esta ciudad, cuyos artífices costearon y colocaron esta imagen en la iglesia vieja, el año de seiscientos y diez y ocho y uniendo en ella todas las inteligencias del arte, la sacaron tan al deseo de su devoción, como si la hubieran fundido en la forja de su afectos. La primera capilla del lado del Evan-

¹⁸ Esta escultura egregia pasó al Ciprés o Altar Mayor churrigueresco del siglo xviii y desapareció con él, en 1845, para pagar justas exigencias pecuniarias del gobierno, como si el Cabildo no hubiera podido pagar, entonces, de su propio peculio.

gelio, correspondiente al presbiterio, está dedicada al culto de una primorosísima imagen de talla del gloriosísimo Protomártir de las Indias, San Felipe de Jesús, natural de esta Ciudad de México, hijo en la profesión religiosa, de la sagrada descalcez de San Francisco, cuyo hábito recibió en la Provincia de San Gregorio de las Islas Filipinas donde, como Moisés para la zarza, se descalzó para la Cruz, siendo su martirio victoria de su nombre; fue, como decía San Jerónimo, Nueva Corona de Jesús su martirio. Siguiéndole en la muerte, como en el nombre, bebió crucificado en el Japón el cáliz de Jesús, por las bocas de tres heridas, en que sirviendo de lenguas los yerros de tres lanzas, publican al mundo en su constancia el honor más glorioso de esta nobilísima ciudad, la cual celebró su canonización, en cinco de febrero, del año de seiscientos y veinte y nueve, con la extraordinaria y rara circunstancia, de asistir a ella su felicísima madre Antonia Martínez, natural de Salamanca en los Reinos de Castilla, a quien apresuró la muerte el gozo de tanta dicha, consiguiendo la de poder decir en su testamento, que otorgó, en veinte y siete del mismo mes y año, estas palabras, ni dignas de omitir, ni fáciles de leer, sin que perturben el uso de la vista las lágrimas, en que ejecuta a la piedad el nunca visto contexto de esta cláusula:

Iten declaro, que yo fui casada y velada, según orden de la Santa Madre Iglesia, con el dicho Alonso de las Casas . . . Y durante nuestro matrimonio, hubimos y procreamos por nuestros hijos legítimos, de legítimo matrimonio, primeramente, al gloriosísimo Santo Mártir SAN FELIPE DE JESÚS y de las CASAS, Mártir del Japón, de la Orden del Seráfico Padre San Francisco, criollo de esta ciudad, descalzo, cuya festividad se ha estado celebrando estos días en esta dicha Ciudad de México y le han nombrado por Patrón de ella, &

Si fuera de la principal veneración, que se debe a las Imágenes por serlo, también tienen otro linaje de estimación, o por la antigüedad, o por la soberanía de la mano, que las dona al adorno de los templos; no falta esta circunstancia a las grandezas de éste, pues en la primera capilla del lado de la Epístola, cuyas paredes visten excelentísimos lienzos de la pasión, venera compasiva la piedad, la devotísima imagen de un Crucifijo de talla, de estatura entera, que remitió a esta Iglesia el señor Emperador Carlos Quinto con otra Imagen de la Asunción, también de talla, que se guarda hoy con toda decencia en la sala Capitular. En la segunda capilla del lado del Evangelio, que

por cédula particular confirmatoria del Rey nuestro señor Don Felipe Quarto, pertenece a la ilustre ArchiCofradía del Santísimo Sacramento y Caridad, fundada en esta ciudad en diez y seis de Junio, de quinientos y treinta y ocho, favorecida de la santa Sede Apostólica con innumerables gracias, e incorporada a la santa Iglesia Lateranense de Roma, está otra admirable imagen de un Crucifijo de bronce, que envió a la misma Cofradía la Santidad de Pío Quinto. En ésta, y las demás capillas (que todas son catorce) para aumentos de la hermosura se corresponde con igualdad el adorno, ya en los retablos, que ciñendo la ventana de cada una con pilastras y cornisas de relieve doradas, siguen el orden de su arquitectura, hasta cerrar en el círculo de la bóveda; ya en la riqueza de los frontales, que según la diferencia de los días, varían en los colores la religiosa gala de los altares, siendo muchos de plata de martillo, con láminas de medio relieve repartidas en las frontaleras y caídas; ya en lo ponderoso y esmerado de muchas lámparas, cuyas continuas luces son permanentes llamas de los fervores del culto; ya en lo numeroso de candeleros y blandones imperiales, en que sobra a cada capilla, lo que bastara a una iglesia y finalmente, están en todo lo demás tan correspondidas, que aun en el excederse se igualan, siendo cualquiera que se ve exceso de las otras que se han visto.¹⁹

Si otra de las partes que constituyen el adorno de un templo es el feliz empleo de la plata y el oro en custodias, cálices y otras alhajas del ministerio de la iglesia, bien podemos decir gozosos, con el gran Padre San Agustín, que también nosotros tenemos en ésta lo más precioso de los metales consagrados a Dios en instrumentos de su culto. La custodia en que se lleva el Santísimo Sacramento el día de Corpus, se compone de dos cuerpos, tan curiosamente obrados, que lo menos para su aprecio es pesar quinientos marcos de plata, porque lo más es no tener precio lo primoroso de su hechura. Para este día tiene dos viriles, que sirven alternados, el uno de oro, y ámbar guardado de esmeraldas y perlas, que pesa novecientos y cuatro castellanos: El otro mayor, y también de oro, con varias piedras preciosísimas, entre las cuales sólo un zafiro está apreciado en mil pesos. Tiene una cruz de oro de trescientos y veinte y cinco castellanos, admi-

¹⁹ Ninguno de los retablos de las capillas son, ahora, los de 1668. En la de La Soledad y en la de San Pedro hay retablos de fines del siglo; otros son del siglo XVIII y otros del XIX. Por supuesto que de las obras de escultura y de plata no queda sino este recuerdo de Sariñana.

ración de los más peritos artífices en lo raro de su curiosidad, cuyo centro es custodia a una parte del santo lignum crucis, sírvele de peana una caja de finísimos cristales, guarnecidos de plata, decente guarda de otras grandes reliquias. El cáliz y patena que se reserva para el depósito del Santísimo Sacramento el Jueves Santo, es de oro y pesa seiscientos y cuarenta y tres castellanos; está variado con esmaltes blancos y azules, que sirven de asientos a lo más rico de las piedras, admitiendo únicamente en sus engastes, rubíes, esmeraldas y diamantes. Para la bendición solemne de la fuente bautismal, que se celebra los Sábados Santos, tiene una pila de plata, que le donó el Ilustrísimo señor Don Juan Pérez de la Serna, su Arzobispo. Baste decir que solamente en un facistol, seis blandones imperiales del altar, cuatro mayores de cirios, que se ponen en el plano del presbiterio, y los ciriales, sirven al culto casi de ordinario mil y cincuenta y siete marcos de plata. Esto es algo del adorno de la Santa Iglesia de México; el silencio de lo demás (es) cuidado del estudio, no tanto por no cansar con lo mucho, cuanto porque son desgraciadas las verdades que afirman grandezas de las Indias. Y cuando de las otras partes creemos volúmenes muy crecidos, llegamos a temer, si de las de este Reino tildará la incredulidad de renglones muy pequeños.²⁰

Estando ya en su última perfección todo lo interior del templo, desembarazado de los muchos y maquinosos instrumentos de su arquitectura, quitadas las cimbras de las ocho bóvedas procesionales y tres mayores últimas, y puestos en sus centros, a correspondencia de las demás (están), los escudos de las Armas Reales de Castilla y León, obras que pedían no menos diligencia que tiempo. Determinó Su Excelencia, se celebrase su dedicación y, participando el intento del Venerable Deán y Cabildo de esta Santa Iglesia Sede-Vacante, para que en lo que le tocaba, desempeñase esta acción con la extraordinaria solemnidad, que pedía, señaló para ella el día veinte y dos de diciembre del año pasado de seiscientos y sesenta y siete, con atención a ser el mismo en que cumplía años la Reina nuestra señora doña María-Ana de Austria (que Dios guarde) cuyos hombros en alivios de la Monarquía, oprime todo el peso del gobierno de dos Mundos. Nacido se vino para la dedicación el día, pues si San Atanasio en su *Apología* al Emperador Constancio llamó natalicios de los templos a los días de su dedicación, habiendo nacido su Majestad para

²⁰ La queja criolla, sobre la cual podría escribirse un libro, tiene aquí un elocuente ejemplo.

Reina de España, a cuya Corona vinculó la piedad los más felices aumentos de la Religión Cristiana, oportunamente se unieron en un día el natal de una Reina y el natalicio de un templo. La concurrencia de ambos natales creció regocijos al día, siendo cada uno en su línea grande motivo a la voluntad para el gozo. Así lo sentía la discreción de Belarmino, pues probando cuan digna es de los regocijos públicos la dedicación de los templos, arguye el intento de la alegría universal que persuadió aun a los Etnicos la misma naturaleza en los natales de sus Reyes²¹ infiriendo, que si ésta la dicta la razón natural, porque nacieron al bien público de las monarquías, cuanto más dignamente la merece el día de una dedicación, en que también nace un nuevo templo a la utilidad pública de la Iglesia. Previendo el lleno de la fiesta, la participó también Su Excelencia a las sagradas religiones, proponiendo a cada una en sus prelados superiores recibiese a su cuidado la composición de un altar en las calles por donde había de pasar la procesión y, afianzando el logro de su deseo, encomendó al cuidado del señor Licenciado Don Francisco Calderón y Romero, Oidor más antiguo de esta Real Audiencia, las disposiciones que fuesen necesarias para la mayor grandeza del día. Determinóse que la procesión saliese de la misma Santa Iglesia por la puerta que mira al Poniente y sale a la plazuela del Marqués del Valle, y tomando la vuelta por delante de las casas del Marqués, hasta la esquina de la calle de San Francisco, siguiese de allí por la plaza mayor la derecha a Palacio, de donde volviese por la calle del Reloj a entrar en la Iglesia, por la puerta que mira al Oriente. Quince días antes del señalado, se signaron lugares a las sagradas religiones y congregaciones eclesiásticas de esta ciudad, donde empezasen a fabricar sus altares. Desde luego dieron principio a su estructura, levantando tabladillos para los pavimentos, y elevando resplandor para el arrimo a tanta altura, que pudiera dudarse la consumación de principios tan gigantes. Pero sucedió a cada religión en el intento de su altar, lo que a cada uno de sus observantísimos religiosos al emprender la eminente sagrada cumbre de su instituto, pues si la sabiduría de Cristo comparando ésta con la fábrica de una torre, dijo que su edificio antes de empezado pide a la prudencia diligente examen de la dificultad y gastos de la fábrica, porque no sea que, puestos ya los fundamentos, por no haber consultado las fuerzas, falte con ellas la perfección de la obra y diga la irrisión que se empezó a edificar lo que no se pudo

²¹ Etnicos, es decir, los antiguos paganos.

cumplir. En esta ocasión fue como símbolo de la consumada perfección de cada religión, cada altar, pues consultadas las fuerzas, computados los gastos, prevista la dificultad de los aliños, de modo ajustaron con su fervor, diligencia y religiosa generosidad la empresa, que correspondiendo a los principios los complementos, fueron todos sus altares eminentes torres compuestas de lo más precioso de la América.

El adorno exterior de la puerta por donde había de salir la procesión se encargó a la muy ilustre Congregación de San Pedro, fundada en esta ciudad en diez y ocho de enero de quinientos y setenta y siete, y desde entonces adornada con las personas de primera suposición de este Reino, así en lo eclesiástico, como en lo secular. Cuyo Abad, el Doctor don Joseph del Castillo Barrientos, Villafañá, Racionero de esta santa Iglesia, Juez Provisor y Vicario General de los Indios del Arzobispado, cuidó el desempeño de esta función. Toda la arquitectura de la portada se vistió con una exquisita colgadura de damasco de china azul claro, con cenefas de terciopelo obscuro, bordadas de oro, y sedas de colores, divididos los paños con basas, columnas, capiteles y arcos de uno a otro realzados de oro, que guarneciendo todo el claro de la puerta, eran nueva vistosa arquitectura de su fachada. Ceñían la colgadura por cada lado seis hermosísimos ángeles en lienzos de a dos varas y media. Sobre la cornisa, debajo de dosel y cielo de damasco azul guarnecido de oro, se puso una imagen del gloriosísimo Príncipe de los Apóstoles vestido de pontifical, y a sus pies sobre dos almohadas de terciopelo del mismo color con franjas y borlas de oro, dos llaves doradas, símbolo de la potestad que gozó en el mundo, para abrir y cerrar las puertas del templo permanente del cielo.

La venerable Unión y Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, que se compone de ciento veinte sacerdotes seculares, fundada en esta Ciudad en ocho de mayo de seiscientos y cincuenta y nueve, levantó su altar dentro del atrio de la misma iglesia, a la mano derecha, sobre un tablado, dos varas elevado del suelo, ricamente alfombrado, como también las gradas de su ascenso. La mesa del altar se adornó con tres frontales de plata de martillo y sobre ella se puso otro de la misma obra, formándose de todos cuatro una media pirámide a que con proporcionada disminución se seguía como tercero cuerpo de la fábrica, un cuadrado de espejos, que servía de peana a la imagen del insigne Patriarca de la Congregación, San Felipe, que estaba revestido de sacerdote con ornamento de tela encarnada, guar-

necido de cabestrillos de oro, que haciendo varias labores ceñían muchas y preciosísimas joyas. Tenía el santo en la mano derecha un corazón de plata y en la izquierda una azucena de perlas, de suerte que, haciendo la imagen punta a la pirámide del altar, quedaba ésta compuesta en su principio de plata en su medio de cristales y en su extremo de lo más lucido del oro y brillante de las piedras, sirviendo al mayor resalte de su hermosura el estar todo el respaldo, que era de doce varas en cuadro, colgado de damascos carmesíes con cielo igual.

Enfrente de este altar dentro del mismo atrio, se señaló lugar a la Congregación del glorioso Apóstol de la India, San Francisco Xavier, fundada en la iglesia parroquial de la Veracruz de esta ciudad por diciembre del año de seiscientos y cincuenta y siete, cuyo principal instituto es emplearse en frecuentísimas obras de caridad, en que se ejercita con tanto fervor, que en el breve tiempo de diez años que ha que se fundó, ha repartido en diversas limosnas (como consta de sus libros) ciento y treinta mil doscientos y cuarenta y dos pesos. Formó su altar sobre un tablado de tres varas en alto, cuyo espaldar que subía otras quince estaba con lucida igualdad adornado de láminas y plumas. En los extremos de la mesa se levantaron dos columnas doradas con el plus ultra en sus medios, en cuyos capiteles se pusieron dos ángeles de plata de a tres cuartas, con mantos y tunice-las abiertas de tela blanca, guarnecidas de bejuquillos de oro, jazmines y joyas de grande precio; el uno tenía en la mano una guirnalda de flores de oro, esmeraldas y perlas, y el otro una azucena de lo mismo, como dándolas a San Francisco Xavier, cuya imagen, sobre un rico trono, estuvo entre ambas columnas, vestida con sobrepelliz, estola y capa bordada de cabestrillos de oro en varias labores, cuyos claros, casi sin dar lugar al examen de la tela, ocupaban riquísimas joyas de variedad de piedras tan preciosas que, excluyendo todos los encarecimientos del hipérbole y aun perdonando mucho a los aprecios de la estimación común y no vulgar, valdrían más de doscientos mil ducados. En el lugar del ara se puso un Niño Jesús de singularísima hermosura, en cuyo vestido las luces de las piedras, idearon una sombra al nacimiento de tal Sol, pues retratando al cielo los zafiros y haciendo encendido horizonte los rubíes, servían de rayos los brillos de los diamantes al oriente de las perlas. De este divino Sol, Niño Gigante, que naciendo de lo sumo del Cielo rodea el mundo alumbrando y encendiendo con su doctrina el ámbito del Orbe, salían dos

cartones airosamente volados, que terminaban en los extremos de las columnas, en cuyos motes, participados de las sagradas letras, encargaba Jesús al Nuevo Apóstol de su Compañía llevase por el mundo a los gentiles su nombre. El un mote decía: *Ut portet nome meum*, y el otro: *Coram gentibvs*. A un lado del altar se puso en un primoroso bulto la imagen del arcángel San Miguel, que teniendo en la mano un estandarte y en la otra un mundo que servía de trono a una imagen de la Trinidad Santísima, se le daba al santo para que, penetrando el mundo con la luz del Evangelio, a la expresión de las tres Divinas Personas dilatase más por el bautismo la Iglesia significándolo todo estas palabras, que salían del arcángel al santo: *Eia ergo Francisce nonarun gentium Apostole, quis vt deus? plus ultra*.

En la descripción de los altares que pusieron las sagradas religiones, siguiendo las relaciones que cada una remitió a su Excelencia más por extenso, con tanta propiedad en lo descriptivo, como erudición en la explicación de los pensamientos, me ajustaré a su tenor aunque en compendio, ciñendo al tamaño de mi pequeñez la grandeza de su estilo. El altar de la siempre, y en todo ilustre Orden de Predicadores se puso en la plazuela del Marqués del Valle, a la mano derecha del tránsito señalado para la procesión. Tuvo de alto diez y nueve varas y de ancho diez. Desde la mesa se formó de tela blanca y oro, un nicho de cuatro varas y media en cuadro con sus basas, columnas, capiteles y cornisas, en que sentaba un semicírculo de la misma tela que subía otras dos varas. A toda esta obra se fingieron con franjones de oro las basas, plintos, estrías, modillones, frisos y molduras, que pide a la mejor arquitectura el arte. Del medio punto del arco para arriba se puso un dosel con su cielo de brocado carmesí y oro. Y trazando el ingenio en el todo del Altar un retablo, se formaron a los lados del nicho dos entrecalles de terciopelo carmesí bordado de oro en ondas cruzadas con alcachofares resaltados en los escaques; en ellas y en el dosel de brocado se compartieron como tableros de tan hermosa obra cinco láminas de vara en cuadro, de los misterios gozosos del Rosario, a que se dirigía en lo formal toda la construcción de la fábrica; cerraban las entrecalles guarnecidas con sus pilastras en una cornisa de tela blanca y oro, sobre la cual entre dos frontis bordados de oro y plata se levantó por cada lado un remate, también bordado, que subiendo dos varas en triángulo, se terminaba en un plumero de varios colores. En los claros que sobraban, se distribuyeron algunos cuadros de tela blanca y oro con agnus en

sus medios. Todo el espacio del altar se toldó con una vela de brocateles azules, rosados y blancos, con flecos de oro y seda carmesí, en que entraron doscientas y treinta y ocho varas. En la mesa, sobre un trono de cuatro gradas con viso y concha de plata, se puso la milagrosísima imagen de Nuestra Señora del Rosario, que tiene el convento imperial de Santo Domingo; sagrado imán de los tiernísimos afectos de la devoción de esta ciudad, que en más de ochenta años es esta la segunda vez que consigue la felicidad de verla en lo público de sus calles. Para explicar la riqueza del vestido y preciosidad de los aliños que en esta ocasión la adornaron, no son capaces las voces, ni puede caber en descripciones de la pluma, lo que apenas cupo en toda la admiración. La corona solamente, que se le puso este día, está apreciada en veinte mil pesos. En la primera grada se colocó una imagen de plata, de más de vara, en bulto sólido, del gloriosísimo Patriarca Santo Domingo. El medio de la segunda ocupó una lámina ochavada de media vara, en que sobre plancha de oro asentaba una imagen de la Purísima Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, de medio relieve, en coral, con todos sus atributos de la misma materia y forma en la circunferencia del marco, preseas, que se tuvo por una de las mayores que gozó la publicidad de aquel día. A los lados del altar, en el plano del tablado, se pusieron dos cátedras vestidas de damasco carmesí, con sus medios toldos en forma de conchas estriadas con galones de oro. La de mano derecha ocupaba el doctor Angélico Santo Tomás de Aquino, con insignias doctorales, a quien venía de la imagen de la Virgen un mote con letras de oro en campo azul, que en recomendación de su altísima doctrina decía: *Crede huic, quia eius doctrina non deficiet in aeternum*, a que, correspondiendo el santo con otro y aludiendo al haber sido sagrado alimento de sus infancias en la cuna la salutación angélica, que se comió escrita, decía: *Ave MARÍA gratia plena*. Delante de la cátedra, sobre una almohada de brocado de tres altos, que con otras preseas dignas de imperial magnificencia remitió al convento de Santo Domingo de esta ciudad, el señor Emperador Carlos Quinto, se puso una mitra, en representación de la que renunció el Santo Doctor. La cátedra de mano izquierda ocupaba el Beato Padre Alano de Rupe, también con insignias doctorales, devoto tan fervoroso de María Santísima, que fundamentó en el *Ave María* las cuestiones quodlibéticas y repetición que hizo para su grado en la famosísima Universidad de París. A quien después de varias aflicciones espirituales que padeció ator-

mentado del demonio, esforzó y favoreció la Señora con un rayo de leche de sus purísimos virginales pechos. Éste se fingió de una sarta de perlas netas, de tres varas y media, que había de distancia desde el pecho de la Virgen a la boca del Santo Alano, el cual tenía una cadena con cinco rosas formadas de cabellos y oro en significación del Rosario y ostentación del singular favor que, dándole un anillo y corona de su cabello, le hizo la Reina Soberana del Cielo: de cuyas manos bajaba a la imagen del Beato Padre un rótulo con estas letras: *Vade predica Pfalterium meum per universum Mundum*. Con toda esta grandeza se desempeñó la regiosísima familia de Santo Domingo, habiendo en los días antecedentes inmediatos al de la dedicación celebrado un novenario de misas cantadas con letanías y plegarias de campanas por la salud de sus Majestades (que Dios guarde) y felices sucesos de la Monarquía.

La sagrada religión seráfica construyó su altar en la esquina de la calle de San Francisco con la fachada a la plazuela del Marqués del Valle. Su fábrica, que tuvo de altura veinte varas y doce de latitud, se compuso de tres paños en forma esquifada. Vistióse todo el esquife de blanco y encarnado, con galones de oro en todas las junturas de los lienzos. En lo más eminente, debajo de un baldaquín carmesí, se puso en tres bultos preciosamente adornados, la Trinidad Santísima, en la forma que la representa la Iglesia, sobre tres nubes blancas y azules, salpicadas de oro y plata. En el medio se formó un majestuoso trono matizado de plumas, cuyo fundamento se componía de muchas nubes vistosamente apiñadas que, como emulándose en obsequios de María, se recogían para servir de repisa a una imagen suya de la Asunción, de estatura entera, asombro hermoso de todas las destrezas de la escultura, centro de las ternuras piadosas de los naturales de este Nuevo Mundo, que afectuosísimos la reverencian en una iglesia parroquial suya, con título de la Redonda, cuya administración está a cuidado de la regular observancia. Giraban el cielo de esta imagen muchos ángeles que, como si vivieran a los alientos del arte, batiendo las alas con ademanes de gozo, la acompañaban festivos. Debajo, ofreciendo a tan sagradas plantas por peana su cabeza, estaba el Seráfico Padre San Francisco, sobre tres gradas de espejos, cuyo pobre sayal fue en esta ocasión tan rico, que parece se habían recogido a él en oro, plata y perlas todas las opulencias de la América. A sus pies, como despojo de la predicación Evangélica de sus hijos, estaba arrojando el ídolo Quetzalcoatl, cuyas sacrílegas aras demolieron aquellos

primeros varones Apostólicos fray Marín de Valencia y sus compañeros en el mismo lugar donde hoy se consagra a Dios este nuevo suntuoso templo, cuyo sitio ocuparon estos insignes primitivos religiosos de la observancia y le cedieron humildes, para que en él se edificase la Santa Iglesia Catedral, historia que explicó altamente el ingenio con este mote que bajaba al Santo: *Destrues aram Baal et aedificabis altare Domino Deo tuo in summitate petrae huius*. En significación de lo referido, hablando con el nuevo templo salían del Santo estas palabras tan oportunas al intento, como si fueran literalmente escritas a la ocasión: *Dedi tibi partem unam, cuan tuli de manu, Amorrhæi in gladio, et arcu meo*. Todo el concepto declaraba en una tarja esta décima con alusión a estas palabras de San Agustín, que se le pusieron al margen: *Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis? de fundamento prius cogita humilitatis*. *Serm. 10, de Verb. Domini*.

El sitio os dio mi humildad,
 Templo Santo consumado,
 Y estáis muy asegurado
 En vuestra perpetuidad:
 Que si la seguridad
 Consiste en el fundamento,
 (Siendo el más seguro asiento
 Para la mayor altura
 La humildad) bien se asegura
 La vuestra en este cimiento.

De la imagen de la Santísima Virgen salía otro rótulo, que terminaba en la del Santo con esta letra: *Beatus homo, qui vigilat ad fores meas quotidie. Bienaventurado el hombre, que vela a mis puertas cada día*, en significación de los continuos fervorosos desvelos con que esta sagrada religión se ha empleado en publicar y defender las dos prerrogativas, que son como puertas de las excelencias de María: su Concepción, por donde entró al ser, y su Asunción al cielo en cuerpo y alma, eminente puerta de sus innegables glorias, misterios, en cuya ilustración han velado muy despiertos los hijos de San Francisco, siendo diligentísimos centinelas de ambas puertas. Y así dignísimamente salía también del gloriosísimo Patriarca esta letra: *Compraebendit ambas portae fores*. En los ángulos del esquifado se pusieron dos púlpitos, con sus paños de tela; el de la mano derecha

ocupaba una imagen de San Antonio de Padua, con afectos y movimientos de orador, tan vivamente imitados que, prestando atenciones a las acciones la vista, casi pudo esperar palabras el oído. Púsose como predicador de la Asunción de María en cuerpo y alma, por habérsela revelado la Santísima Virgen, mandándole que la predicase, en cuya obediencia empleó todos los fervores de su elocuentísimo espíritu en la publicación de este misterio. Explicóse la alusión en una tarja que pendía del púlpito, con estas palabras: *Ianitor portaetabernaculi*. En el púlpito de mano izquierda estaba el sutilísimo Doctor Escoto, ostentando desvelos en la guarda de la otra puerta como glorioso caudillo de las defensas del misterio de la Inmaculada Concepción de María. Declaraba sus vigilancias en otra tarja este mote: *Custos portae orientalis*. La esclarecida familia del grande Padre de la Iglesia San Agustín, erigió su altar en la plaza mayor en medio del tránsito que hay desde la esquina de la calle de San Francisco, al Palacio. Su composición si dio mucho que ver a la curiosidad en la novedad de la fábrica, dio mucho más que admirar a la erudición en lo profundo de sus alusiones. Fue su asunto aquella misteriosa visión del capítulo cuarenta de Ezequiel, en que sobre la eminencia de un monte se le mostró el edificio de una ciudad misteriosamente inclinada a la parte del austro y, entrando en ella vio un varón, o como dice Lira, un ángel en forma humana, con rostro de metal e instrumentos de arquitectura en las manos, el cual, desde la puerta de la ciudad en que estaba, le dijo a Ezequiel que examinando con atención la suntuosidad de la fábrica que miraba, diese noticias de su grandeza a la casa de Israel. Y empezó luego a medir como sabio arquitecto aquel varón prodigioso los muros, vestíbulos, puertas, umbrales, gradas, techos y demás partes del edificio. Esta visión, que gozaron los ojos interiores del profeta, trasladó a los corpóreos el artificio, y aplicó a la presente solemnidad en esta forma el ingenio. Hízose un tablado de diez varas de largo, ocho de ancho, y una cuarta de alto con su respaldo, o tablamento que subía catorce varas, con diez de latitud. Guarnecía el ámbito del pavimento, un repecho de balaustres curiosamente torneados con sus remates piramidales en los ángulos, en que estaban pintadas mitras y corazones flechados, divisas gloriosas de la sagrada familia augustiniana. Sobre el tablado, por todo el espacio de su longitud, se fingió un monte, en que (usurpando el arte a la naturaleza la propiedad) gustosamente engañadas las atenciones, admiraban reducido a breve espacio cuanto puede ser

objeto de los ojos en la más amena fragosidad de un monte. A las aguas, que fugitivas de la cumbre se precipitaban al centro, sólo faltaba el murmullo, como a las breñas y riscos la dureza. Descubriéndose profundas grutas, horrorosa habitación de varias fieras que, como si huyeran el concurso, se escondían en la artificiosa obscuridad de sus senos. Mirábanse diversos árboles ya estériles de antiguos, sirviendo de canas a sus caducos troncos en crespas madejas el heno, ya en lo más vigoroso de su vegetable vida, tan suavemente imitado en sus hojas el verdor y en sus ramas el fruto, que los dudaba verdaderos partos de la más fecunda amenidad la vista. Corría por ambos lados un muro, dividiéndose en el medio, donde se levantó una puerta, que guarnecían dos columnas hermosamente vestidas a liberalidades del monte, con los pámpanos y racimos de dos frondosas parras, que culebreándose en ellas se enroscaban en sus cañas y capiteles.²² Coronábanse con arquitrabe y cornisa, sobre la cual, en una tarja, estaban estas palabras del texto de Ezequiel: *Ecce vir cuius erat species, quasi species aeris, et funiculus lineus in manu eius, et calamus mensurae in manu eius: Stabat autem in porta*. El claro de la puerta sobre un altar de tres cuerpos, que abrazaban por uno y otro lado los muros, ocupaba el más sabio arquitecto de la Iglesia, el varón ángel de la gracia, el gran Padre San Agustín, en una imagen pintada para la ocasión, al temple, pero en la apariencia de talla, por el primor con que la resaltó el pincel en la lisura de un lienzo, el cual, cortadas las sobras y caladas las divisiones del cuerpo, sólo tenía lo que ocupaba el aparente bulto de la imagen. Estaba vestido de religioso, con alas de ángel, encendido el rostro, coronado de rayos, tenía en una mano el escandallo²³ y en la otra un cordel con su plomada, ostentado ser el varón que vio Ezequiel, en cuya forma y señas le entendió significado su ilustrísimo hijo Santo Tomás de Villanueva, siendo agustino el que con sus palabras y sus obras significadas (según la interlineal en el cordel y el escandallo como sabio arquitecto), edificó gloriosísimos aumentos a la Iglesia, echando en su doctrina nuevas líneas a su mayor dilatación; el que con rostro de metal por lo sonoro de su predicación, siendo clarín apostólico, sonó en el Templo de Dios y resuena hoy por todo el Orbe en sus escritos; el que con

²² Es un curioso ejemplo de columnas salomónicas que, por la fecha, resultan las primeras que hicieron acto de presencia en la ciudad de México, anteriores a las de las portadas de la propia Catedral.

²³ Sonda marina.

el escandallo de la doctrina evangélica midiendo piedras al edificio místico, o arrojaba las intrusas de la herejía, o ajustándolas persuasivo a la regla infalible del Evangelio, las adaptaba por el obsequio de la fe a la construcción de la espiritual fábrica de la Iglesia. Dilatándose en peñas, erigiéndose en riscos y elevándose en crestones, subía por ambos lados del altar el monte. Y en lo más eminente de su cumbre a mano izquierda se descubría un templo con aparatos de ciudad, o una ciudad en forma de templo, labrada a toda curiosidad, coloridas de cantería las paredes de sus edificios, dorada la arquitectura de sus edificios, dorada la arquitectura de sus portadas, en que simbolizó la aplicación el suntuosísimo Templo Mexicano con este mote del mismo texto: *Super quem erat quasi aedificium civitatis*. Aptísimo símbolo de la grandeza de esta iglesia, pues siendo sus naves calles, sus capillas casas y sus atrios plazas, es en su capacidad y concursos una ciudad populosa, pudiéndose decir de ella, lo que del Templo de Salomón, en exposición de Lira, cantó profético David, cuando dijo, que Jerusalén se edificó como ciudad. A la mano derecha en la falda del monte, haciendo división un orden de balaustres, se puso en lo más bajo un retrato del Excelentísimo señor Marqués de Mancera, pintado al temple (siguiendo en él y en los de sus Majestades, que se dirán luego el mismo arte y corte que se dijo antes) descansaba la mano izquierda sobre un escudo de las Armas de México, insinuación de la prudentísima manutención de su gobierno. De la boca de San Agustín volaba a su excelencia en un listón, este mote del texto: *Annuntia omnia quae tu vides domui Israel*. Como que le intimaba el Santo diese muy por menor cuenta a sus Majestades de la suntuosidad del nuevo templo y solemnidad de su dedicación. Y así con elocuente, aunque mudo ademán, levantando la mano derecha y señalando el edificio, que se descubría en la cumbre del monte, se le mostraba al Rey nuestro Señor Don Carlos Segundo y a la Reina nuestra señora Doña Mariana de Austria, cuyos retratos estaban más arriba debajo de dosel y cielo carmesí, dando en los semblantes y acciones festivos indicios del interior gozo, que en sus católicos pechos causaba esta noticia tan deseada de su religiosísimo celo. En la eminencia del respaldo sobre una vistosa nube, se puso al Espíritu Santo con este mote también del texto: *Ad austrum* y esta interlineal: *Aflatu Spiritus Sancti*. Como dirigiendo sus soplos e influyendo alientos en la casa de Austria para felices victorias insinuadas en muchas palmas, que nacían en la ladera del monte.

Y porque no faltase circunstancia a la alusión, si en él vio Ezequiel lugares propios de músicos, aquí también le tuvo en lo oculto de una cueva la más suave dulzura y sonora melodía de la música. Al pasar la procesión (deteniéndose su excelencia) descifró la elegancia en décimas que se recitaron, todo el enigma de este singularísimo desempeño de la sagrada familia de San Agustín.

La de la descalcez del Carmen erigió su altar arrimado por el lado derecho a la pared del Palacio, con la fachada a la calle del Reloj. Su majestuosa gravedad y singular esmero en lo curioso describe el romance que se sigue, cuyo discreto y erudito concento es elegante indicio de los grandes talentos, que en todas líneas esconde al conocimiento público la humildad austera de su religiosísima abstracción.²⁴

La religión real y militar de Nuestra Señora de la Merced, suspendiendo la espectación común y creciendo con la suspensión el deseo, retardó a la vista la majestuosa pompa de su altar hasta el día veinte y uno de Diciembre, a las siete de la noche víspera ya de la dedicación, que acompañándole con luces su venerable comunidad, le trajo por las calles y plazas principales de la ciudad desde su convento mayor al lugar, que le estaba señalado en la boca-calle, que de la del Reloj da paso a las casas Arzobispales. Formóse en un carro de dos ruedas, sobre las cuales dejando libre a sus giros el vuelo, escondiéndolas con vistosos tapetes que vestían los costados y frentes, haciendo un bien matizado zócalo a la fábrica, se extendía un pavimento de siete varas en cuadro y una y media de alto, cubierto con una alfombra morisca en que, dejando por la delantera y lados tres varas de plano, se movían tres gradas de media vara de huella y cuarta de alto, en que estaban compartidos perfumadores y jarras de plata con ramilletes de seda tan bien imitados que, llegando al olfato la suavidad de los perfumes, cuando a la vista la propiedad de las flores engañados los sentidos presumían fragancia suya la suave confección de los aromas. Estas tres gradas subían al segundo pavimento presbiterial del altar, el cual se vistió por la frente con un frontal de plata de martillo y por los costados de brocado. En los ángulos y medios laterales de este segundo plano se levantaron doce columnas vestidas de carmesí y fajadas de oro que, cerrando en arquitrabes, frisos y cornisas del mismo carmesí con divisiones de oro, representaban la arqui-

²⁴ Suprimimos el larguísimo y nada bello romance que, además, bien poco dice del altar.

ectura de un templo. En la mesa del altar, sobre tres gradas de ébano, cuya limpia superficie duplicando sus adornos, los copiaba fiel en la lucida oscuridad de su tez, se elevaba una nube, en cuyos crespos vellones y rizados copos crecía lucimientos a la candidez la oposición de su extremo. Esta calada de luces en resplandores de oro y dando lugar en sus fondos a muchos atropados serafines, que entalló en rasos el artificio y pulió en últimas perfecciones la aguja, formaba trono a una primorosísima imagen de la Asunción de Nuestra Señora. El espaldar, que a todo el ancho del pavimento subía más de ocho varas, se adornó con una rica colgadura de damasco azul y oro, orlada de plumeros, y entre los dos más hermosos, hacía remate en lo eminente una tarja con este mote, y redondilla.

CURRUS FULGENTIS AURORAE

Este carro, que atesora
Tanta gloria y bizarría,
Es el Carro de María,
Y es el Carro de la Aurora.

Al lado derecho del altar, sobre dos almohadas de terciopelo carmesí borladas de oro, se puso un escudo de las Armas Reales de Castilla y León recamadas de oro y a su correspondencia al lado izquierdo otro de las de la Merced y Aragón. A cuyas coronas en continuados patrocinios reconoce esta real sagrada Orden sus mayores progresos; y así prometiéndose nuevas felicidades en la protección del Rey nuestro Señor, en quien resplandecen estas coronas unidas, decía una letra, que se puso sobre las dos ruedas del carro en la primera grada del pavimento.

Va en dos ruedas de fortuna
La máquina prodigiosa:
Que esta Región dichosa
No se contenta con una.

En el ángulo derecho del primer plano estuvo el gloriosísimo Patriarca San Pedro Nolasco, con su estandarte en una mano y en otra un navío curiosísimo de plata, vestido de raso blanco bordado de oro y en el izquierdo con la misma gala, San Raimundo Non-nato. El medio ocupaba en pie (con un sitial y almohadas delante) un

retrato de talla del Rey nuestro señor Don Carlos Segundo, que mirando reverente a la imagen de Nuestra Señora, en aquel abreviado templo, que artifició en el altar el ingenio y teniendo dos llaves doradas en la mano derecha, estaba como ofreciendo a María Santísima el nuevo templo, que en esta corte dedicaba a su culto. Aplicando este religioso obsequio decía en una décima, que tenía al lado.

Reina, que en suprema esfera
gozáis inefable gloria,
Aceptad esta memoria,
Que ofrece por mí MANCERA.
Daros el Mundo quisiera
En memorias de mi padre:
Y porque el obsequio os cuadre,
Siendo a los hijos ejemplo,
Hoy os cuelgo con un Templo
Por los años de mi madre.

A la Compañía de Jesús cupo lugar en la mitad del tránsito que de la calle del Reloj vuelve a la puerta Oriental de la Santa Iglesia, donde a la mano derecha y de frente al mediodía, sobre un espacioso tablado con respaldo de doce varas de altura y ocho de latitud, colgado de damasco amarillo y nácar, elevó un monte de plata en la rica curiosidad de su altar. Compúsose de tres cuerpos, que se formaron de la curiosa riqueza de trece frontales de plata cuyos cuadretes ya en tersos resplandores, ya en hermosos relieves, o deslumbraban de lucidos, o suspendían de primorosos. En el cuerpo de en medio se levantó un trono de cinco gradas con su espaldar, guardapolvos y cubierta todo de plata, en que se colocó una devota imagen de Nuestra Señora en su gloriosa Asunción. En los ángulos exteriores del trono, cuya forma era un medio seisavo, se pusieron relicarios de ébano con cantoneras, guarniciones y remates dorados; en los interiores, contiguos al respaldo pirámides de plata y en lo más eminente, sobre la cubierta del solio, una bien obrada Águila también de plata, que coronaba todo el cuerpo de en medio. Los dos lados, que estaban en igual elevación, terminaban en dos medias-naranjas de plata, extremos de dos baldaquines de la misma materia, que ocupaban las dos lumbreras más grandes de la madre fecunda de las ciencias, de la que ilustrando el mundo con luces de sabiduría, al fuego de su celo solicita fervorosa encenderle en virtudes de la Compañía de Jesús. El glorioso Patriarca

San Ignacio de Loyola y el milagroso apóstol del Oriente San Francisco Xavier, vestidos de sacerdotes con ornamentos recamados de relevantes fruteros y azafates de flores de oro. En las mesas que formaban los frontales, se colocaron siete imágenes del Niño Jesús en diferentes trajes, honrando en la una la ropa de su Compañía. A todo este majestuosísimo aparato daba luz la más pura fineza de la bujía en cien blandones imperiales de plata. Y le formaba cielo un fresco toldo de juncia, que volado a todo el espacio de la calle hacía apacible sombra al concurso que admiraba la grave majestad de su grandeza.

No lució inferior a las demás religiones en las festivas demostraciones de tan solemne día la del glorioso Patriarca San Juan de Dios, que para celebrar la corona de gloria de María Santísima, a que se dedicaba el nuevo templo, representó en un suntuoso Altar (que se erigió entre el de Santo Domingo y el de San Francisco) aquella singular visión, que gozó en Granada su insigne patriarca, cuando entrando a orar Nuestra Señora del Sagrario, deseoso de saber el camino en que más agradaría a Dios, asistida de San Juan Evangelista la Santísima Virgen, le puso una corona de espinas, dándole así a entender, que por ellas en la tolerancia de los trabajos, se caminaba con seguridad a la corona de los descansos. La religiosa hermandad del insigne Mártir San Hipólito, fundada en este reino con título de la Caridad, por el venerable varón Bernardino Álvarez, concurrió también a la celebridad con otro lucidísimo altar, a que se asignó lugar entre el de San Agustín y el del Carmen donde adornado de singulares prescas puso al ínclito mártir San Hipólito, que teniendo en la mano derecha un estandarte con las Armas Reales de Castilla y León, ostentaba haberse conseguido en su día la felicísima conquista y sujeción de esta imperial corte a los Reyes Católicos de España. En la última grada de su trono estaba sobre un tunal, como rendida por su protección al estandarte real, el Águila de México, coronada con un Copilli de finísimos diamantes (adorno capital, que usaban en sus mayores júbilos los Naturales de este Nuevo Mundo). Y en la grada inmediata debajo del Águila se fingió la laguna mexicana en un cristal tan capaz para la ficción por grande, que dio campo a la imitación de sus carrizos, a la copia de sus aves, al traslado de sus piraguas, con tal arte, que bañándose aquéllas levantaban del cristal espumas y navegando éstas rompían con la quilla las sólidas aguas, que ministró a las destrezas del pincel el espejo. Entre muchas cosas, que en este altar pretermite el silencio, y merecieron plausibles aten-

ciones, consiguió singulares aplausos el genio que le dispuso, por haber puesto a un lado de él un retrato verdadero del siempre famoso ínclito héroe Don Fernando Cortés. ¡Oh qué dignamente, cuando en una ciudad, que fue centro de toda la ceguedad gentílica, conquistada por su esfuerzo, se dedicaba a Dios un templo, se hizo memoria de quien siendo instrumento de la mano poderosa de Dios, añadió a su Iglesia un mundo!

El adorno de la portada del templo, que mira al oriente, por donde había de entrar de vuelta la procesión, se encomendó a los curas de las parroquias de esta ciudad, que buscando en la variedad el lucimiento, trasladaron a sus lados en artificiosas campiñas, curiosos riscos, fingidas quiebras y eminentes collados dos vistosos montes, cuya estructura perfeccionaban varios países de montería, que en la vistosa apariencia de sus campos dieron mucho a la ponderación de los que con inteligencia ostentan afición a la pintura. Sobre la cornisa de la portada se puso en lienzos grandes, con trajes e instrumentos de caza, la casa de Austria. Las particulares y cajones de mercadería, que en la plaza mayor están por orden a la mano derecha del tránsito a Palacio, se colgaron a tanto esmero, que no dejaron, que desear a lo ingenioso, a lo opulento, a lo grande, sobresaliendo singulares los graves aparatos del Palacio y lonja de Provincia.

La Santa Iglesia, como quien celebraba su mismo día, redujo a compendio en su altar mayor todos los aseos del culto, todas las riquezas de su religioso erario, tan brillantes a la reflexión de numerosas luces, que uniéndose a las verdaderas las aparentes y equivocándose con las llamas los reflejos del oro y de la plata era todo el Altar un Etna de riquezas, un Potosí de incendios. Cantáronse solemnemente las Vísperas del día veinte y uno de diciembre, cuya noche no llegó; porque toda la ciudad en luminarias, hachas, faroles y varios artificios de fuego, no dio lugar a sus sombras. Y aunque no se permitieron éstos en las calles adornadas obviando la providencia peligros, no menos al adorno, que al concurso, halló modo la industria, con que impedidos los riesgos luciese el fervor en artificiosos incendios, reduciéndolos todos a la torre de la Santa Iglesia, que por sus cuatro aspectos se artilló desde el banco a la cúpula, cuyo extremo esparció al aire un lucido penacho de centellas en numerosos cohetes, que naciendo de tan alto principio y buscando al impulso de su fogosidad mayor altura, exhausta en la región la materia de sus llamas excusaron al temor todos los sustos del riesgo.

El día siguiente veinte y dos de diciembre, a hora competente, salió de Palacio acompañado de la Real Audiencia, Tribunales y Ciudad, en sus coches, el Excelentísimo Señor Virrey. Recibióle en la puerta de la Iglesia su Ilustrísimo Cabildo en la forma que acostumbra, y habiendo hecho oración y tomando sus asientos, estando ya la Excelentísima Señora Marquesa de Mancera en la tribuna, que para las señoras Virreinas tiene este templo al lado del Evangelio, y habiendo ocupado en lugares prevenidos, la mayor partes de la nave mayor las sagradas religiones, y nobleza y todo el demás espacio de la Iglesia grande concurso de todas condiciones. Se dio principio a la misa, que cantó el Venerable Deán, Doctor Juan de Poblete, Decano de Teología en esta Real Universidad; ministrando de Diácono el Doctor Don Juan de la Porta Cortés, y de Subdiácono el licenciado Don Luis Francisco Moreno, con ornamentos de tela blanca y oro bordados de realce. La capilla de música se excedió este día ya en la novedad de la composición, en que logró los primeros de su inteligencia su maestro: ya en la dulzura de las voces en que suavemente se unieron las más acordes consonancias de la armonía. Sólo pudo descaecer la nunca vista grandeza de tanta solemnidad del sermón, que prediqué y va por término de este escrito. En que siguiendo cuidadoso el principal argumento de templo dedicado, con la circunstancia de ser obra magnífica de los Reyes Católicos de España sus Patronos y de haberle dado complemento el Rey nuestro señor Don Carlos Segundo en el principio de su Reino, dije, sino en estilo digno, en debidos panegíricos legítimas alabanzas de su religión. Cuando en mí se compitiera con el mérito la ambición (que uno y otro me falta) la ambición, y el mérito se saciaran mirando este feliz empleo como excesivo premio de mis estudios; porque en sentencia de San Juan Crisóstomo a quien merece celebrar alabanzas de los Reyes, no le debe quedar esperanza de más fruto: *Qui Regum laudes decantant, celebrantque, ij ob hoc tantummodo magnopere fibi placent, ut nullus inde alius fructus existat. Homilia 8. in cap. 4 ad Romanos.* Y así se engaña dos veces quien sobre pensar que le merezco, juzga, que me falta el premio, cuando ha conseguido mi felicidad escribir ya los elogios últimos del Rey nuestro señor Don Felipe Cuarto, que Dios haya, ya los primeros del rey nuestro señor Don Carlos Segundo, que Dios guarde.

No cabiendo en una mañana toda la solemnidad, se reservó para la procesión la tarde: y previniendo a tanta función el logro, se cerra-

ron las bocacalles, que entraban a las señaladas, impidiendo así el ingreso de los coches; hiciéronse por ambos lados vallas, cautelando los embarazos del concurso, que fue el más numeroso, que ha visto esta Ciudad; porque volando antes por todo el Reino las noticias de la prevención, sucedió lo que aplaudía en las dedicatorias de sus tiempos Eusebio, cuando dijo, que los más remotos concurrían a su celebración, facilitando embarazos, y abreviando distancias el fervor de la piedad, y los impulsos del gozo; *Cum omni letitia, & exultatione per Urbes, & loca singula Ecclesianun Dedicacionibus celebratis congregabantur in unum Sacerdotes, nec pigebat etiam longe profitos convenire quia nullum longum vide batur spatium charitati..*

Salió la procesión a las cuatro de la tarde yendo por delante todas las Cofradías de esta ciudad con sus estandartes, que acompañaba grande número de cofrades y diputados con luces, a que se seguían las Comunidades de las sagradas religiones con sus cruces, Ministros y Prestes con riquísimos ornamentos. Después la Cruz de la Santa Iglesia acompañada del Subdiácono, y debajo de ella el numeroso, docto, y noble clero de esta Ciudad, seguíase el Venerable e Ilustrísimo Cabildo, acompañando a la Santísima Virgen en su imagen de oro, de la Asunción, que sacó en hombros hasta la puerta occidental del Templo debajo de un palio de tela blanca cuyas varas llevaban alternándose los Regidores de esta nobilísima Ciudad. Inmediato a la Imagen iba de Preste el Venerable Deán asistido del Diácono y después el Cabildo y Regimiento Secular; los Jueces Oficiales Reales; el Tribunal mayor de Cuentas, la Real Audiencia, y en último lugar el Excelentísimo señor Virrey que representando la persona y Patronato Real, daba autorizado complemento a tan grave concurso. ¡Oh desgracia de la distancia, que impides a su Majestad el inmediato examen y ocular conocimiento del cordial afectuosísimo amor que le tiene este Nuevo Mundo! ¡Oh ciudad fidelísima, si Carlos es lo mismo que Carolus, el Diléctulo, el Amádico, siendo lo diminutivo del nombre enfático aumento a la significación del afecto, porque la misma disminución de la voz enérgicamente significa más cariño y dice más ternura! ¡Oh cómo en esta ocasión verificastes a tu grande, pequeño CARLOS, el nombre, o si oyera tus afectos, si atendiera los deseos acompañados de amorosas lágrimas, los ruegos, los clamores, con que pedía a Dios su salud, la dilatación de su vida, y la perpetua paz de su Corona; pero repre-

séntaselo con las palabras que San Atanasio hablando de un templo edificado a expensas de Constancio ausente, le decía: *Compertum habes omnium vota, precesque id expetere a Deo, ut salvus sis, ut perpetuo in pace regnes!* En la puerta entregó el Cabildo la imagen a la religión de Santo Domingo, que la llevó hasta su Altar; y desde allí a los suyos las demás religiones por sus antigüedades: recibéndola en el de la Compañía la Religión de San Juan de Dios, que la llevó hasta las gradas del atrio, y de allí a la puerta oriental la Religiosa Hermandad de San Hipólito, de quien la recibió el Cabildo Eclesiástico y la volvió al altar. Mientras anduvo la procesión gozó el entendimiento en la cadencia de discretas loas bien explicados conceptos; el oído sonoros quiebras de acordes dulzuras; la vista ordenados movimientos de concertadas danzas, y entre ellas algunas de los naturales, que descubiertos los rostros (circunstancia extraordinaria en ellos) denotaron lo singular de sus regocijos. Colocada en el altar la imagen de Nuestra Señora se cantó solemnísimamente la Salve, con que se absolvió la más grave y festiva solemnidad, que ha visto este Nuevo Mundo, pudiéndose decir en esta ocasión al Rey nuestro señor, atendida la grandeza del día y suntuosidad del templo, lo que al mismo Emperador Constancio decía muy del intento la grave ciencia de San Atanasio (aunque allí esperándole presente para la dedicación, y aquí celebrada ya, siendo imposible esta dicha)

QUE DE TANTA DEDICACIÓN SÓLO PODÍA
SER OPORTUNO AUTOR SU MAJESTAD,
Y QUE EN TANTO TEMPLO SÓLO
FALTABA PARA EL COMPLE-
MENTO DE SU ORNATO
LA PRESENCIA DE
SU PIEDAD

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------------------------------------------------------------|---|
| Advertencia | 5 |
| Compendio histórico de la edificación del templo metropolitano de México | 9 |

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Rafael Moreno, se terminó la impresión de: *La catedral de México en 1668*, el día 20 de febrero de 1969. La composición se paró en Electra 11:12, 10:11 y 8:9. Se tiraron 1 500 ejemplares.

